

BARRIOS Y DEL VALLE, MIGUEL DE (1635-1706)

LAS FÁBULAS MITOLÓGICAS: FLOR DE APOLO

A LA FÁBULA DE ALFEO Y ARETUSA. ROMANCE

¡Favor no pido Helicon:
A vos, sí, pura Castalia,
visto cantar de una ninfa,
vuelta en fuente por ser casta!
¡A vos, Dríadas, imploro,
que con sonora templanza,
bañéis en furor di-vino
lo que ha de parar en agua!

¡Que a los hipérboles debo
de quien es de fieras Parca
de una beldad valentona,
una pintura del hampa!

Nació ninfa, y murió fuente,
deidad honesta en Acaya,
que huyendo de Amor ligera,
jamás pareció liviana.

En los hombres, y en las fieras,
hay duda si hizo más caza
el reclamo de sus luces,
que las flechas de su aljaba.

Por su candor animado
las hebras de oro dilata,
que siendo sol, vino a pelo
tanto rayo, en nieve tanta.

Amor, hizo de su frente
o frontera, o plaza de armas,
por ser de amorosas lides
campo alegre de batalla.

En forma de medias lunas
que dividen dos escuadras,
cejándose ceja a ceja,
se quieren jugar las astas.

Y plantados frente a frente,
dos basiliscos sin bala,
los ojos tocan a fuego,
sus niñas repiten arma.

Por su Maestre de Campo
proporcionando ordenanza,
el nivel de la hermosura,
rayos parte entre dos rayas.

Aunque divide elegante,
el sol con alegre pausa,
visto estar entre dos luces,
entremetido le llama.

Si al aguileño relieve
las dos lucientes espadas
le dicen: a fuera, a fuera,
él replica: aparta, aparta.

Paridad ajudicando
de lucientes luminarias,
fue por su recta justicia
lengua de estas dos balanzas.

Tan comedido se porta,
que si no sobra, no falta;
y así no le prenderán
por espada más de marca.

Sentó plaza en sus mejillas
el clavel, cuya fragancia
por verle marchar en ellas,
tomó en la nariz ventanas.

La boca en todo es tan rica,
que atesora en breve alcázar
con dos llaves de coral,
cuanto ríe y llora el alba.

De cuyo aliento apacible,
por breve herida de nácar,
jamás el ámbar moría,
por más que expiraba el ámbar.

De este mundo celestial,
tan de nieve mostró el mapa,
que al amor con ser un fuego
hizo temblar por la barba.

Aníbal de la hermosura,
contra venusinas armas
Alpes de esperanzas rompe,
con la nieve a la garganta.

Niña se le puso al pecho
la azucena tributaria,
por alimentar la vida
con el pecho que le daba.

Diez espadas de cristal
a dos manos empuñaba,
con la nieve que rendía,
desenvainando las blancas.

A manos de esta hermosura,
su emulación, ya postrada,
en señal de la victoria,
le dio a sus Palmas la Palma.

Púsole el pie victoriosa,
porque humilde confesara,
que en los jardines de Chipre
nadie la llegó a las plantas.

La que digo es Aretusa,
de las ninfas de Diana,
siempre la de más estofo,
y la menos estafada.

Vivió seguida de muchos
con la diosa de la caza,
tan rica de honestidad,
que nunca se vio alcanzada.

Era esquiva como hermosa,
esta deidad celebrada,
que se guardaba de todos,
por tener cara de Pascua.

Íbase de bosque en bosque,

quitando vidas cosaria,
siempre con armas de fuego,
y con defensas de escarcha.

Y un día que entre las selvas
el ciego dios la admiraba
vencedora, y no vencida,
cazadora, y no cazada.

Fiera detrás de una fiera,
que huyendo la recelaba,
hallándose entre unas peñas
iba en seguirlo empeñada.

La fiera que a más huir
hace a la orgullosa dama
sudar la gota tan gorda,
la vista echando tan larga.

Deja de correr y vuela,
y Aretusa en fin la mata,
más ligera que un adarme
y más que una onza brava.

Y andando entre unas Siringas
que presumiendo de honradas
porque a Pan no apetecieron,
se secaron como cañas.

Vio un río, que con gran risa
las flores lisonjeaba,
por pensar que de vergüenza,
se ponían coloradas.

Y por templar en su yelo
el grande calor que pasa,
muchacha se desnuda,
cosa poca se descalza.

Quitóse hasta la camisa,
no digo nube de Holanda,
que quizá por ir cazando
la llevaría de caza.

¡Oh, si así Paris la viera,
aquel día, que con Palas,

Juno, y Venus, en pelotas,
le hicieron juez de sus faltas!

¿Quién duda que junto a ella,
le pareciera Tarasca,
la misma diosa, que al paso
de ser bella era vellaca?

Si el niño que vive a ciegas
de sus ojos Salamandra,
vio tanta belleza en ella,
¿qué no vio belleza tanta?

Entró a bañarse en efecto,
con tal donaire, y tal gracia,
que el loor de su hermosura,
empezó el río [a] a-labarla.

A dos manos de la dulce
inquietud, la furia rasga,
haciendo con más belleza
entre sus cristales raya.

Dióle tal enojo al río
que a toda prisa la baña,
porque con juegos de manos
el más corriente se agravia.

De esto gozosa la ninfa,
no temió que blasonara
de haberla visto desnuda,
por haberse puesto en-aguas.

Y al rumor que hace nadando
contra el raudal que bizarra,
sin que le siga, le corre,
porque él, huyendo, la alcanza.

Un mozo llamado Alfeo,
que por su amor, no sin causa,
estando al pie de un ciprés
temió quedar del agalla.

Se paró a ver suspendido
el brío de la muchacha,
que nada delfín de nieve

sin haberle dicho nada.

En un pie puesto a lo grullo
la acecha desde unas ramas,
que dando a entender su amor,
estaban allí muy claras.

Vista en el agua desnuda,
entre sí pescarla traza,
que una mujer vista en carnes,
cerca está de ser pescada.

Y esperando ser dichoso
a luz de la confianza,
de que la blanca doncella
fuera con él encarnada.

Aprisa se arroja al río,
visto que si un punto tarda
en cogerla, puede ser
que por el punto se vaya.

Viole venir Aretusa,
y como era astuta y ardua,
saliéndose del cristal,
dejó su esperanza aguada.

Aquí fue el verter las perlas
de su cuerpo, aquí alterada
huir, dejando en agosto
a muchas flores nevadas.

Aquí exhalación de nieve
correr provincias de grana,
atropellando rubíes
por imperios de esmeraldas.

Aquí el ver en sus alcances
al joven que la idolatra
poner ansioso los ojos
donde Aretusa las plantas.

¡Espera ingrata, le dice,
deja de ser temeraria,
que te niegas de divina,
por no ser conmigo humana!

¡Si de ver Alfeo huyes,
en dos extremos repara,
que si te espantas del feo,
tú también de hermosa espantas!

¡Detén el curso ligero,
fugitiva Dafne, aguarda,
no tan recelosa huya,
quien tan valentona mata!

La ninfa, que de su amor
cierra la puerta alentada,
huyendo se muestra nieve,
al paso que el joven llama.

Corrida como una liebre,
pisaba sierras tan agrias,
que él en su alcance hecho un perro,
las iba subiendo a-gatas.

Viola tan blanca desnuda,
y tan dura a su fe blanda,
que temblando de sus yelos,
la juzgó Sierra Nevada.

Y atalantado de ver
que huyendo en pies de Atalanta,
por los pechos de una roca,
le mostraba las espaldas.

Quiso matarse; mas, luego,
menos furioso, repara,
que gana más en seguirla,
y quitósele la gana.

Entonces de risco en risco,
la semidiosa gallarda
se le subía a las cumbres,
por no esperarle en las faldas.

Emboscóse en las malezas
muy presumiendo de hidalga,
por importarle a su honor
hacerse de las montañas.

El joven viendo su fuga,
no sosiega ni descansa,
y de rama en rama tierno,
mares de llanto derrama.

No halla rastro de sus pies,
que como aprisa los alza,
no da lugar a la arena,
para lograr sus estampas.

Y maldiciendo sin tino
a la fortuna voltaria,
que por cosa tan ligera
le da pena tan pesada.

En su propósito firme,
lince penetra las matas,
si rayo cuando se mueve,
escollo cuando se para.

Compadecido el Amor,
de verle andar por las ramas
buscando a la cara prenda,
que no quiso hacerle cara.

En la más alta eminencia
de un monte se la depara,
que esto de andar por las cumbres
lo tiene de soberana.

Viola llorar, y gemir,
llena de pasión, y saña,
por ocasión de una espina
que la tenía picada.

Hincósele por un pie
en herirle tan espada,
que al pie de un risco de nieve
abrió una fuente de grana.

Luego le dio mala espina,
ver que la espina aguzada
le sacaba tanta sangre,
que en la espina la dejaba.

Asaltóla en esto Alfeo,

haciendo de sus pies alas,
por ver si a carrera abierta,
la podía hacer cerrada.

La ninfa que con su vista,
a voces dice alterada,
que aunque procure tenderla,
no se ha de echar con la carga.

Levantóse hecha un tigre,
y él hecho un fuego la agarra,
pensando que se rebela,
viendo lo que se levanta.

Resistiéndose Aretusa,
luego se le desagarra,
porque aunque es su tentación,
no quiere que en ella caiga.

Mas como su planta herida,
en la maleza intrincada
apenas plantarla puede,
y es a penas si la planta.

Al saltar a pie coscoja
una mata fatigada,
no pudo escaparse de él,
con hacer salto de mata.

Aquí fue el ver a los dos
hacer a Jove plegarias,
él, por hacer casta en ella,
ella, por salir de él casta.

Daba Aretusa los gritos
que los ponía en Diana,
por verse allí de presente
a riesgo de ser pasada.

Condolida de su llanto,
la siempre luciente hermana,
del Planeta que la mira
en su región estrellada.

Bajó de su sacra esfera,
y con una nube parda

se la encubrió, con que Alfeo
se le anubló la esperanza.

Ciego de ver tal suceso
llanto vierte, fuego exhala,
que Amor mientras más lo enfrían,
con mayor violencia abrasa.

Mordiéndolo las manos gime,
lleno de enojo se araña,
sin ver que tales rasguños
le salían a la cara.

De nariz amostazado,
ya se las jura a la dama,
que hecho un grano de pimienta,
le deja con la mostaza.

De modo que amante y ciego,
abrazó la sombra vana,
donde encubierta la ninfa
estaba muy asombrada.

Desmayóse con el susto
sin poder hablar palabra,
que como enojaba esquivaba
al Amor, le quitó el habla.

De su cuerpo helado corre,
de sudor tal abundancia,
que con hacerse una fuente,
del corrimiento no sana.

Anegado entre sus ondas,
atónito el joven, halla
que cuanto más lo desdeña,
tanto más ella lo alaga.

Esto atribuyó a milagro,
¿mas, qué mucho, si miraba
deshecha en agua tan dulce,
una ninfa tan salada?

Lastimábase afligido,
viendo que por tal desgracia
con la espuma, aunque era niña,

estaba ya toda cana.

Y sintiendo él ver sierpe
de undoso cristal, acaba
a manos de la violencia,
que por el monte la arrastra.

Con sed penosa se arroja
a beber del agua clara,
que como no halla consuelo
bebe por taza penada.

Falto de aliento, y de vida,
trémulo de sí derrama
derretida nieve a copos,
menudo aljófaro a sartas.

Su pelo en hilos undosos
por el cuello se desata,
siendo, aunque negro de origen,
blanco de esta borrasca.

De su frente derretido
el carámbano, se escapa
de ver otra vez en-frente
su candidez afrentada.

El agua por los carrillos
de la faz, sus dos piratas
ojos, hechos aguadores,
a cántaros se la sacan.

Sus niñas vertiendo ríos
respiran precipitadas
por las cejas, que hechas arcos
las hacen puente de plata.

Fue en la selva a la Florida,
por el aljófaro que daba
la nariz, que en aquel tiempo
se sonaba hasta en Holanda.

Murmuraba, no sin risa,
de la que su llanto causa,
donde mostrándole dientes,
perlas por la boca echaba.

De mano en mano corría,
la nieve tan pura, y alba,
que las yemas de los dedos
en ella se vieron claras.

Luego por arenas de oro
corriendo con pies de plata,
se arrojó al mar desde un risco
por echar el pecho al agua.

Entonces la clara ninfa,
de ver su desdicha ufana,
con una música dulce
le cantó su historia amarga.

El río que escucha atento
su armonía, dice: «ingrata,
si cantas por lo que lloro,
yo río por lo que cantas.

Mejido en tu amor me estrello,
que cómo me enciende el alma
el cuerpo en sus llamas frío,
con ir pasado por agua».

Con éstas y otras razones,
halló en su corriente entrada,
que lo que el amor no puede,
tal vez la razón alcanza.

Sintiéndole en sí Aretusa,
entró en la tierra, que estaba
sólo por verla en su centro,
haciéndose toda rajas.

Tras ella precipitado
el hijo claro de Arcadia,
no para en seguir su amor,
para ver en lo que para.

Por cóncavos, y angosturas,
respirando ella, se espacia
en dilatados raudales,
para quedar a sus anchas.

Y por debajo del mar
pasó a un monte, dondeislada
goza al caudaloso amante,
que la enriquece con plata.

Si bien por seguir su tema,
en corriente apresurada,
a sus lágrimas se extiende,
y a sus favores se ensancha.

FÁBULA DE POLIFEMO Y GALATEA,

Al Ilustrísimo Señor Don Antonio Fernández de Córdoba, etc.

El gigante de Sicilia,
viene no sé de que Barrios
a Córdoba, donde intenta
entrar su blasón por alto.

Del mordaz será mordaza,
si en tu nombre halla el amparo,
señor, que le dé la palma,
para ponerle la mano.

De algunos se expone al riesgo
con modestia, procurando
aunque está por mí compuesto,
parecer por ti ajustado.

Sus versos no valen nada,
mas mucho valdrán, si acaso
haces que siendo corrientes
pasen en estos estados.

Y así con luz de tu auxilio
que claro le halles aguardo,
que fuera de estilo obscuro
claro está que estará claro.

A POLIFEMO, Y GALATEA. ROMANCE.

Inmóvil se erige al Cielo

el Olimpo siciliano,
si por la testa encendido,
del mar por el pie abrasado.

Y gimiendo por la boca
de una gruta, en que un peñasco
con el llanto de una fuente,
se ve sirena de canto.

Del pecho le sale Boreas,
hiriendo al gigante cano
que de engaños está lleno,
con ser en todo tan claro.
Rey de este verde horizonte,
el cíclope temerario,
que murió de mal de ojo
como clavel deshojado,
buscando va a Galatea.

Ninfa, que del rey vendado
para tirar los harpones
lleva en los ojos dos arcos.

Tan Nembrot levanta muro
en el cuerpo dilatado,
que armándose de rigores
toma el cielo con las manos.

Crespa tormenta el cabello
de este de carne océano,
entre sus ondas descubre
las Canarias a lo largo.

El lucero de su frente,
le acreditaba, no en vano,
ya la Sierra de la Estrella,
ya de la luna el Cáucaso.

El naricísimo poste
apuntalaba su andamio,
con un mirador arriba,
y dos ventanas abajo.

Mostraba en boca de noche
dientes, con olor tan malo,
que nadie probó su aliento

que no muriera de asco.

Intonso Nilo de cerdas
de su Olimpo despeñado,
de este animado Mar negro
inundaba hasta los brazos.

Sobre el cerro de sus hombros
se movía el Erimanto,
que por llegar tanto al sol,
estaba todo tostado.

De modo a palmos crecía,
que al monte con ser tan ancho,
meter pudiera en un puño
si le apretara la mano.

En pie tiene tal grandeza,
que si en sus puntos reparo,
al mayor hombre del mundo
le meterá en un zapato.

De molde este pie me vino,
porque pueda su retrato
pasar mejor que moneda,
corriendo con pie glosado.

Dando voz a un tosco albogue
tal fuerza puso en tocarlo,
que pudo con ser tan rico
temerse entonces quebrado.

El monte a sus voces tiembla,
el Bóreas gime asustado,
éste, escuchándole trueno,
aqué, temiéndole rayo.

Rugiendo Hipómenes fiera,
no sigue al nieto de Cadmo,
porque uno dándose a perros,
otro se ve atalantado.

Progne a quejarse no osa,
osa Calisto, penando
desampara el monte a brincos,
dándole al panal a-saltos.

Neptuno brama celoso,
viendo en arenoso campo
a Tetis hecha una sierpe,
con Peleo peleando.

Y del cielo de su ninfa,
por ciego rapaz tirado,
el rayo dio en Polifemo,
que siempre da en lo más alto.

La de Nereo hija hermosa,
a Cupido hizo su esclavo,
tan pirata que aun del rostro
tenía el color robado.

Bajel del-a-mar de todos,
tormentas de oro pasando
en las ondas de su pelo
con aire, nada contrario.

El caribe, que en su Sirte,
robando al-más arrojado,
forzado remó con ellas,
dándolas en-frente un banco.

Por hacerle mayor guerra
las cejas, paz le anunciaron,
si del sol lucientes iris,
del alba triunfales arcos.

En cada cual, media luna
el cuarto dios ha formado,
haciendo en su frente blanca,
cada media luna cuarto.

Generales de rey ciego
en la armada de sus rayos
rigores de luz militan
sus ojos, por ser rasgados.

De verde color se adornan
en cándida esfera entrambos,
y halló Amor para sus tiros
en el mismo verde el blanco.

Entre los dos partió el sol
perfecta línea, y tomando
altura el ciego piloto
se halló en dos lucientes grados.

Dio en un Caribdis de perlas,
contento de tal naufragio,
pues en el mar de su aliento
no niega que se ha-negado.

Por dos de nácar y nieve
Escilas, Amor derrotado,
al cabo salió desnudo,
hallando en su barba el cabo.

Descubrió el nevado puerto,
atlante, que siempre claro
haciendo a las almas noche,
sustenta al globo estrellado.

Donde el aire de su brío
le tornó a dar tal asalto,
que echando el pecho a la nieve
no pudo escapar a-nado.

Rápido ardiendo en el talle,
pidiendo socorro, cauto
tocó en su donaire a fuego,
y en las almas a rebato.

Favorecióle la ninfa,
echándole dulce lazo,
por darle celos al sol,
sacando a Cupido en brazos.

Alado subió a las Palmas,
por los diez de nieve ramos
que de su aljaba hizo harpones,
llegando con ella a manos.

Rindióse al fin a sus pies,
por verles, con nuevos lauros,
en alientos muy gigantes,
aunque en puntos muy enanos.

En Escila, de Glauco huyendo,

entonces iba matando,
si al rey marino de amor,
al ciego infante de espanto.

Tan veloz corre de Tetis
por el cristalino espacio,
que con llevar aire mucho,
estaba el mar sosegado.

Glauco perdiendo su norte,
dificultaba el hallarlo,
por ir esclavo de Amor
en su seguimiento herrado.

Galatea a más huir
saltó en un florido llano,
dejando al monstruo de espuma
por cosa de aire enojado.

Rastro de sus pies no deja,
porque en la corte de mayo
quiere ser flor del Retiro,
más que sirena del Rastro.

Tan ciega va, que al gigante
hallando en un soto echado,
pensando que era algún risco,
le quiso pasar de largo.

Movióse el monte dormido,
sintiendo el fuego tirano
áspid, de las bellas plantas
que producían encantos.

La ninfa a los pies apela,
cuando advirtiéndolo en su engaño,
dio un salto sobre otro risco,
por darle otro sobresalto.

Levantóse Poliferno,
y del enojo llevado,
sin tener respeto al Sol,
puso en el Cielo las manos.

¡Suspende el paso, le dice,
que mientras más inhumanos

se apartan de mí tus soles,
los sigo más abrasado!

En su celestial hechizo,
las glorias de Amor buscando
por estos montes, perdido
dejo todo mi ganado.

Bien puedes estar segura
que aunque procures mi agravio,
he de tenerte respeto
porque soy muy bien criado.

En vela estoy por quererte
tan sin alma, que me hallo
en cuerpo, si no marido,
como difunto, velado.

El cuerpo que haces de guardia,
de color me quiebra tanto,
que nunca es su compañía,
me miro de Amor soldado.

No soy tan fiero, cual dicen,
pues a tu deidad consagro
aun el más tierno balido,
de su esperanza privado.

Este horizonte es mi imperio,
mi padre el dios que en su encanto,
por pegársela a Medusa,
semejó astuto al Pegaso.

De esta población de Flora
como soy el mayorazgo,
el más empinado risco
se ve a mi obediencia llano.

El mayor músico soy
del mundo, pues el contralto
que tiene voces conmigo,
hace el bajo con-trabajo.

El fósforo de mi frente,
no de Febo, en el palacio
cabe, porque sólo en mí

le viene el estar muy ancho.

Tanto luce, que de noche
de Tetis me juzga el Argo,
ya de Rodas el coloso,
y ya de Mesina el faro.

Éste que ayer por ser pino
hoy de mi impulso es venablo,
si al suelo arrojo de punta,
llega al Antípoda, rayo.

El sol no osa a competirme,
por advertir, con espanto,
que comparado conmigo,
es un dios de tres al cuarto.

Creo que el tonante Jove,
por satisfacerme en algo,
está a mi mesa, después
que habló por boca de ganso.

Vulcano me da sustento,
y la cautiva de Argos,
si ésta de Júpiter vaca,
aqué! de Astarte venado.

Y aun a las siete cabrillas
puedo tener de mi mano,
si contra el cielo rebelde
por cogerlas me levanto.

Mayor soy que mis mayores,
tan señor en lo que mando,
que son de España los grandes
en mi competencia enanos.

Si atiendes a mis razones,
verás cuán desmesurado
soy más que todos agudo,
pues más que todos alcanzo.

Deja, respondió la ninfa,
hipérboles excusados,
que más que largo de cuerpo,
te quiero largo de manos.

Si por mí no tienes alma,
el quererme será en vano,
porque le tengo gran miedo
a los hombres desalmados.

Como es tu amor tan gigante,
no cabe dentro en mi agrado,
y así no te escandalice,
que se me pase por alto.

Aquí huyendo, se le oculta
pidiendo a la noche amparo,
de suerte que entre sus sombras
al jayán dejó asombrado.

Y entrando en un prado ameno
donde rey el mes templado
por tener corte de flores,
se vistió el campo de raso.

Se dejó vencer del sueño,
reclinada al pie de un árbol,
que al parecer nació noble
por ser de origen granado.

Tapada de medio ojo
la noche tendió su manto,
que por ser manto de lustre,
no fue de soplos del Austro.

Salió el sol, y temió entonces
viendo entre flores un astro,
que aun con los ojos dormidos
despertaba sus cuidados.

Cuando Acis, un mancebo
que por aquel sol humano,
se rindió al Amor desnudo,
con venir de caza armado.

Llegó a este sitio florido
del niño ciego traslado,
si no vendado, con flechas,
si no desnudo, con arco.

Decir que castaño el pelo
erizaba, a-pelo hallo,
porque si el cabello erizo,
es fuerza que sea castaño.

En el campo de su frente
el Amor, por ser guardado,
ocupando sus entradas,
le puso puertas al campo.

Dos medios alfanges negros
por sus líneas encontrados,
tirándose iguales puntas,
ángulo corvo han formado.

Por ser grandes y lucientes
sus ojos, con lindos rasgos
se hacen Condes de Buendía,
firmándose Condes Claros.

Yo quiero de sus mejillas
dejar el color en blanco,
por decir que de vergüenza,
se ponía colorado.

Ni cosa chica ni grande
el relieve, a hablar me allano,
que dirán que soy gangoso
si por las narices hablo.

Temo pintarle bebiendo,
con el búcaro en los labios,
porque con su hermosa boca
dirán que todo esto es barro.

En forma de media luna
arbolando su mostacho,
por ser pulido de barba,
se la pegaba de clavo.

Largo más que un dadivoso
era su talle gallardo,
si airoso como abanillo,
como genovés delgado.

Yo pinto que en muchas lides

las palmas llevó alentado,
sólo por dar a entender
que era Acis hombre de manos.

Que hacían sus pies pequeños
de Castilla, un grande hallo;
pues en puntos por ser reales
se calzaban un Ducado.

Tan gentil era en efecto,
que a Galatea adorando,
en las aras de Cupido
vivos le rindió holocaustos.

Buscando a su norte ansioso,
lince el monte penetrando,
le dejó el farol triforme,
y le halló el planeta cuarto.

Y viendo al ángel dormido,
que de Cambray con un palio
por negar luces a Flora,
se mostró cielo nublado.

Del sol que sus rayos cubre,
el velo quitó, no en vano,
pues fue sumiller del día,
dejándole desuelado.

Fugitivo el dios Morfeo,
abrió sus luceros claros,
dándole al mayo, si flores,
de Dafne al galán, desmayos.

Clicie de sus soles Acis,
nuevamente enamorado,
mirándola como un brinco,
fue ligero como un salto.

Quejosa ella le recibe,
y él con amantes alagos,
abrazándola gozoso,
luego le dio su descargo.

Cuando el hijo de Neptuno,
buscando a su norte ingrato,

bebiendo por él los vientos,
el tiempo deja encalmado.

Con acentos campanudos
a Galatea llamando,
del templo de amor por grande,
se confirma campanario.

Los abrazados amantes,
que en sed de amor abrasados,
se bebían los alientos
por vasijas de alabastro.

Levantáronse veloces,
huyendo del Bronte airado,
ella, si al mar como un viento,
él, al monte como un gamo.

Descabezó Polifemo
una roca, procurando
hacer al joven harina,
antes que fuera salvado.

No contra el hijo de Febo
rayo tiró fulminado
con tal violencia, el que en Asia
rindió a Europa con engaño.

Como el vital Pirineo
la testa arrojó de mármol,
al que hecho piezas con ella
murió al fin por sus pedazos.

Donde volviéndose río
entre las peñas saltando,
con tener caudal de plata,
no salía de empeñado.

Salió a gran prisa la Aurora,
y Acis iba a gran espacio,
uno con boca de risa,
otro con ojos de llanto.

A lo poeta el jilguero
cantó su dulce fracaso,
con las uñas en el pico,

y con la pluma en la mano.

Por picar los altos olmos,
provoca a que murmurando,
el río de su locura,
diga que pica muy alto.

Cuanta escamosa deidad,
sañuda no, con esparto,
viéndole correr sin pies,
le dio sus flexibles brazos,

Olas encrespando a gritos
le llama, porque en su cano
de espuma erizado lecho
quiere que muera oleado.

Vengado en fin el jayán,
con rigor tan inhumano,
que hasta acabar en el mar,
Acis andaba arrastrado.

Volvió a su gruta, y la ninfa
lastimándose de cuanto
se le hacía sal y agua,
en el espumoso lago.

Con lágrimas desde entonces,
juzgándole más gallardo,
no le solicita dulce,
por verle en el mar, salado.

A JÚPITER, Y CALISTO. ROMANCE.

En un risco de esmeraldas
que mayorazgo del soto
en sus adornos ostenta
bienes de raíces propios.

Poliferno, que florido
hidrópico, de un arroyo
con opilarse bebiendo
siempre el color tiene rojo.

Estaba el planeta astuto,
que con amor cauteloso
por ser ascendente a Europa,
entró en el signo de Toro.

Cuando vio, no sin espanto,
el más peregrino asombro
de Amor, con muchos trofeos
del sol, con abriles pocos.

Tras un corso fugitivo
al viento deja envidioso,
pirata en golfo de flores
por ir entonces a-corso.

No del arco le dispara
las flechas que trae al hombro,
porque más que al de sus manos
muera a los dos de sus ojos.

Cosaría de la hermosura,
lleva al Argel de su rostro
en cada harpón, un Cupido,
en cada luz, un Apolo.

Libre su pelo, de Cintio
da al aire el luciente adorno,
si liberal por lo largo,
por lo dorado, precioso.

En campo espacioso, y liso,
contra pechos amorosos
de fuego bebiendo vasos
de nieve congela copos.

La deidad de Chipre, mora
en los vitales despojos
de aquellas dos medias lunas,
del solimán que da a todos.

Tanta majestad ostenta,
que dos luceros hermosos,
sólo por verse en su cielo,
la van sirviendo de ojos.

Por una hermosa partida
de grana, abriendo un tesoro
de perlas, las precia el mundo,
aunque ella las tiene en poco.

Con perfección el relieve,
entre dos lucientes globos,
dividiendo al sol en luces,
reparte a la muerte en-ojos.

En dos elíseos de nieve,
con recato vergonzoso
sale el nácar, siendo blanco
de cuantos le admiran rojo.

Por tormenta, los donaires
caen de su barba en el hoyo,
tanto, que Amor con capote,
a pique los echa a todos.

De este rey, nevado Atlante
sostiene si el rubio trono,
en el más seguro hechizo,
el riesgo más luminoso.

Los jazmines en las manos,
haciendo raya de hermosos,
andan por llevar las palmas
a puños, unos, con otros.

Al aire asusta con aire,
pasando, incendio del soto,
su hermoso talle de largo,
su pulido pie de corto.

Ésta es Calisto, hija bella
del que huyendo temeroso
con Pirra encueros del agua,
vino en efecto a ser lobo.

Fue, si ninfa de Diana,
basilisco de amor propio,
pues nadie huyó de sus manos
que no muriera a sus ojos.

De luz, y flechas, armada,

alma del pensil frondoso,
les daba a las flores vida,
siendo de las fieras Cloto.

A los cosarios de pluma
hería al vuelo en el Noto,
con el disparado acero
que caer les hizo aplomo.

Tanto, que el tonante Jove
juzgándose su Medoro,
herido de amor suspira,
por verla Angélica en todo.

Dejó la fiera Calisto,
y el alma Jove, gustoso
de que mirándola a hurto,
tenía su amor a-robo.

Donde ella el calor sintiendo
que le causa dios, que ansioso
por quedar ciego a su vista,
en ella puso los ojos.

Con apresurado paso,
al margen de un claro arroyo,
que blasonaba de rico,
mostrándose caudaloso.

Al pie de un roble copado
llegó, y templó su bochorno,
que a quien se arrima a buen árbol,
buena sombra le hace toldo.

El carcaj colgó y el iris,
donde amor con armas de oro
haciéndole arco triunfal,
entró por él victorioso.

Reclinada entre unos ramos,
con ser deidad de aquel polo,
en las puertas de Morfeo
tuvo de mortal asomos.

La vida tributa al sueño,
que con rigor imperioso

a dos tesoros de luz
echó llaves, y cerrojos.

Jove, que estaba a la mira,
procurando cauteloso,
entrar con ella en batalla,
armado de punta en novio.

No pensando que celosa,
le viera Juno en el Golfo,
donde él por ir a la vela,
se fue Palinuro a fondo.

Mudando la forma, y traje,
llevado del torpe antojo,
que allí poniéndole en-aguas
templó su ardor amoroso.

Peregrino en sus amores,
a orarla llegó devoto
por diosa, entre unos romeros
que le miraron de hinojos.

Así despertó a la ninfa,
tan Diana en su alborozo,
que ella viéndole de fiesta,
no le temió de negocio.

Como no le dice nada,
de sus amantes arrojos,
por pasar a-nado el río,
le quebró a la puente el ojo.

No acorbardando Calisto,
Júpiter la juzga, absorto,
diamante de gran valor,
por haber visto su fondo.

Dejóla al fin sollozando,
subiendo a su empíreo solio,
por mostrar que en todas partes
lugar tiene un poderoso.

Ella quedando preñada,
culpaba al dios, que engañoso
por hacer cosas de niño,

hombre se mostraba en todo.

Esto le escribió en su vientre
naturaleza, que como
se tardaba el ordinario,
se lo avisó con un propio.

Aquí viniendo de caza,
por el verde Promontorio
a quien tributario siempre
besa las plantas Fabonio.

La diosa, que trasformando
en ciervo, a joven curioso
a perros le dio, temiendo
los muertos que daban otros.

Con las ninfas, que por castas
los Argos de su decoro,
andando siempre de pido,
nunca las vieron de tomo.

Temiendo entonces Calisto,
que desmentido en su adorno,
otra vez Jove intentaba
ser de su honor Mauseolo.

No se le hizo cuesta arriba
ir Sísifo de un escollo
por la cuesta, que le cuesta
llevar a cuestras su ahogo.

Siguió su alcance la dea,
y la alcanzó dando enojos,
que es propio a gente alcanzada
hacer semejante oprobio.

Y llegando de Aretusa
junto al raudal, que sonoro
por alagarle en sus brazos
Alfeo recibe hermoso.

Desnudar mandó a Calisto,
después que en el yelo undoso,
que resfriado de un risco,
besa el pie, gimiendo ronco.

Arrojándose las ninfas,
que de castidad tesoro
tuvieron por vida el juro,
que sólo en ellas fue voto.

Nadando en pie, perecían
de la mar Caribdis propios,
de medio abajo peligros,
si de medio arriba asombros.

Flérída fue la primera,
que en el río con arrojo
desnuda, de Amor espada
hirió a la nieve en el rostro.

Con otras ninfas, que al son
del ruido proceloso,
dando saltos en la plata,
parecían brincos de oro.

A vista del dios florido
por bailar gallarda lotos,
dando de pie a la mudanza,
dio a la firmeza de codo.

Las plantas moja sirena,
con donaire tan brioso,
que por no dar en sus manos,
por pies se le van los copos.

De espaldas nadando Tirse,
dejó al sol, lo que amor loco
anheló siempre, buscando
entre lo verde, lo rojo.

Así mismo de cabeza,
las otras, de su Pactolo
bajando buzos, al centro
sacaron puñados de oro.

Sólo con temor Calisto
lloraba viendo su gozo,
que en unos lo que es placer,
suele ser pesar en otros.

En la peña, o la mordaza
de la boca de un escollo,
porque a la lengua del agua
murmuró escupiendo arroyos.

Subida, con los torrentes
que lloraba sin reposo,
volvió el duro canto en isla,
haciendo a la selva golfo.

Tierna Luzina, de ver
que por ser trompa, a lo trompo
era encanto hasta del canto
que Progne imagina lloro.

Entró en el claro elemento
también llorando, que es propio
entrar con agua la luna,
estando el cielo lluvioso.

Mas luego dejando el yelo
con el indicio dudoso,
que daba como a su pecho,
haciendo ignorarle cómo.

Despojóla de vestidos,
por ver con este despojo
lo que Jove a sangre y fuego
dejó en sus asaltos roto.

¡Fácil, traidora, le dice!,
¿con quién has jugado al morro?
¿quién te obligó con el dedo
a que le dieras de ojo?

¿Qué es lo que has tomado a-pechos?
mas si en este monte umbroso
otro echó por esas faldas,
yo andaré por esos lomos.

Con esto dándole golpes,
sin tener en ellos ocio,
por no hacer más caso de ella,
echó a las espaldas todo.

Dejóla al fin suspirando,

sintiendo el dolor penoso
de haber perdido lo mucho
por haber dado lo poco.

Riesgos duda a cada paso,
porque temiendo malogros,
no hay sombra que le parezca,
que no le parezca asombro.

El tribunal de Helicon
condenándola a sollozos,
la tierra la culpa a gritos,
el aire la acusa a soplos.

Veloz con el tierno llanto
que de su fuego es aborto,
parece girando el monte,
cohete de lágrimas propio.

De sus ojos como el campo
recibe Nilos, frondoso
dan flor las plantas a-varas,
y las varas aman-ojos.

Antojándosele horrores
con temblor llorando a todos,
en el alma es torbellino,
en el cuerpo terremoto.

Y en el furtivo preñado
espanto maravilloso,
de ver que con buena vista,
tiene por su causa antojos.

Así anduvo nueve meses
hasta que entre dos escollos,
que se afirman encontrados,
mirándose con rebozo,

junto a un árbol donde nacen
las hermanas de los moros,
cogiéndola un parto negro,
le nació un arcadio rojo.

Nació llamándose Arcas
cuando Juno, con el odio

de ver que el gozo de Jove
se guardaba en Arcas sólo.

Contra Calisto indignada,
llena de celos rabiosos,
bajó a injuriarla del Cielo,
por verla en el purgatorio.

Cogióla por los cabellos,
y sacudiéndola el polvo,
arrastrándola en su llanto
la puso de polvo, y lodo,

Cerróse Juno de palma,
por verse con el enojo,
sacándola de Buendía,
condesa de Puño en rostro.

Visto que intenta su gracia,
con cardenales no pocos,
hiriéndola en la nariz,
a Roma se fue por todo.

Calisto dando disculpas,
a piedad mueve a los troncos,
mas no a Juno, porque dura,
dura en no admitir abonos.

Volvióla en osa, tan fiera,
que osa, de rigores mostro,
a dejarle con los males
de sentir ansi-osa oprobios.

Vengada Juno, mirando,
sin temblar su ardor celoso,
a Calisto en el tormento,
que se presume amor-oso.

Le dice: ¡plega a los dioses
fiera, que en este Peloro
te corra tu padre, hambriento,
allá vas, cómate lobos!

Fuese bramando la osa,
y Juno subió a su trono,
una, si dejando al hijo,

otra, buscando al esposo.

Quince veces en su cuarto,
de Dafne el galán fogoso
entró en el ígneo ariete
saliendo de Capricornio.

Y otras tantas dando aullidos
Calisto, en monte fragoso
amontándose, aunque bruta,
sintió con razón desdoras.

Sin alivio no perdona,
buscando adulzado corcho,
ni a Marsias llorando río,
ni a Mirra sudando tronco.

Ligera promete envidia,
entre los ramos pomposos,
que Pico girando alado,
Macáreo gruñe cerdoso.

A la real fiera, que ninfa
del que en su alcance iba ansioso,
se dio a la fe no barata,
volviendo la cara a un pomo.

El de Europa cauto bruto
llevando a Tetis su robo,
ocultó al dolor de Cadmo,
no está al de Calisto pronto.

Ya en su apogeo fulgente,
el cuarto planeta intonso,
que al marido del tercero
fuego aumentó con un soplo.

De la sin ventura fiera,
al tormento, no piadoso,
deja de escuchar gemidos,
buscando a Neptuno, sordo.

Cuando el hijo de la osa,
que ya más noble que tosco
con orgullo, de sus amas
se hallaba criado, y mozo.

Cazador de aquel Olimpo,
si Adonis de sus contornos,
Atis, le ve como un pino,
Faetusa, como un pimpollo.

Con las flechas en las manos,
y en los pies con los arrojos,
siguiendo un bruto feroz,
se vio seguido de otro.

Volvió la cara a la osa,
que contra el filial cachorro
mostrando fiereza lince,
fue en ejecutarla topo.

Conoció al osado hijo,
que ya apuntándole el bozo,
con parecer boquirrubio,
no tuvo achaques de tonto.

Queriendo echarle los brazos,
por ser yedra de tal olmo,
le teme de mano armada,
más que de pie presuroso.

Visto que él por defenderse,
previniendo un rayo corvo
está, si de herida cerca,
de conocerla remoto.

El amador de la osa,
temiendo que riguroso
fuera el joven su verdugo,
en vez de ser su custodio,

bajó volando a la Tierra,
quedando en su inmóvil coro,
si Juno, viva a los celos,
muerto a las censuras, Momo.

De Arcas, y Calisto, en medio,
con rápido desahogo,
tocando en uno a rebato,
al otro, le dio socorro.

Y abrazándose con ellos,
los llevó majestuoso,
si a los aires por su brazos,
por los aires a su globo.

Donde haciéndole estrellas
del que piedra, en espumoso
campo, mirando sus rayos
sirve de guía al piloto.

El dios marino, que padre
con bramidos de Erictonio,
sintiendo el rigor de Bóreas,
escupe al cielo quejoso.

Persuadido de la diosa,
que al ver en su capitolio
a los dos lucir estrellas,
siendo harpías de su gozo.

Se quejó del que hecho un fuego
burló a la hija de Asopo,
después que por ser un ganso,
empolló a Cástor, y Pólux.

Negó a las dos luces altas
las ondas, con que furioso
tirando a Febo cristales,
le bebe en su ocaso a sorbos.

A LA FÁBULA DE VULCANO Y VENUS. ROMANCE.

[I]

El diablo del dios Vulcano,
aquel torpe y sucio herrero,
que hasta en las obras que hacía,
estaba de mocos llenos.

Para ser del cielo echado,
dio con sus muchos defectos,
el día que fue nacido,

más materia que un divieso.

Encojó de la caída,
mostrando a sus padres ceño,
con una cara de hereje,
por ser calvino de pelo.

Su frente arrugada y negra,
de sus cejas blanco es bello,
y sus ojos tan dormidos,
que echaban roncas de sueño.

Sus narices como un puño,
su rostro poco derecho,
mas esto no le echo en cara,
que dirán que lo hago tuerto.

Su boca desempedrada,
obscura y con baco aliento,
se manifestó de lobo,
por confirmarse de cuero.

Tal humo de ella exhalaba,
que si no tuviera cielo,
pudieran todos decir
que era una boca de infierno.

Esquivo le imaginaban,
no sin causa, pues es cierto
que con ser de voz mojado
hablaba siempre muy seco.

Su desaliño cerdoso,
paliándole el pescuezo,
se acreditaba canario,
después de haber sido cuervo.

Por manco y por miserable,
según mostraba en los dedos,
era de manos cerrado,
aunque de mollera abierto.

De pies se mostraba grande,
más de cuerpo tan pequeño,
que si por ellos no fuera,
ninguno pudiera verlo.

De más de esto enamorado
en la cárcel de Himeneo,
se dejó echar una esposa,
estando de su amor presto.

La cual aunque era divina,
tanto humanó sus deseos,
que se desmintió de diosa,
pues por mujer se la dieron.

Dame licencia, Apolillo,
para pintar su despejo,
si tan lindo es lo de afuera,
di, ¿qué me hará lo de adentro?

A que en su Cielo la copie,
me condenan mis desvelos
con que voy allá, si puede
ir un condenado al cielo.

Juntándose con los graves,
esparciendo su cabello,
mostró así que se estimaba
por ser diosa de buen pelo.

El espacio de su frente
es tan grande, que en su reino
delante del rey vendado
con belleza está cubierto.

Medio cerco de azabache
tiene amor sobre dos febos,
tan constante en este sitio
que jamás levanta el cerco.

Muy a lo señor no pagan
lo que deben sus luceros,
miren si en esto son primos,
tratándose como negros.

La nariz por aguileña,
es el águila de yelo,
que sin derretirse está
viendo al sol entre dos fuegos.

Medias naranjas son lisas
sus mejillas, y aun hibleos
que ganan color al nácar
con la flor que da el fullero.

Apeles Naturaleza
de hermosura echando el resto,
se esmeró en la boca más,
porque no pudo hacer menos.

Por ver procesión de perlas
de su respirante aliento,
colgando el templo de grana,
hizo del ámbar incienso.

Un cuarto sellado tiene
en su barba, el rey que ciego
por hacerla más de blanca,
forma en ella un real sello.

Un cielo es de maravillas,
su rostro en todo perfecto,
pues cuando tira más rayos
es cuando está más sereno.

Por escusarme temores
dejaré en albis el cuello,
que como de nieve es Alpe,
sólo de mirarle tiemblo.

Su talle hiere a lo largo
al cosario, que violento
para las presas que hace,
todo le parece estrecho.

Al jazmín le da las manos
llenas de albores, tan bellos,
que le llevan de ventaja,
al mismo jazmín diez dedos.

Breve extremo de cristal
con hermosura moviendo,
el pie mandaba con aire,
y al aire con el pie mismo.

Esta es Venus, a quien todos

amaban, porque saliendo
de la mar en una concha,
perla del-amar la vieron.

Fue hermosa por excelencia,
y en Chipre majestad siendo,
tuvo señoría en cuantos
a su merced acudieron.

Marte y otros muchos dioses
a su voluntad sujetos,
la tomaron de memoria,
por verla de entendimiento.

Con ellos daba en medirse,
por series tan a-modelo,
que aunque muchos la llevaban,
todos eran de su cuerpo.

El peso, más que el escudo,
preciaba pues por tenerlo,
tan apechos lo tomaba,
que se echaba con el peso.

Libro fue de para todos,
con el arte que leyendo
Dante aumentaba sus tomos,
el que andaba en sus ojeos.

Sin ser su cuerpo de guardia,
daba por el real de aquellos,
que sirvió de general,
con la gente que había hecho.

Tuvo infantes en dos hijos,
por los cabos medianeros
de todas las compañías
que esta infantería hicieron.

Mas cuando por tributarios
los recibió en los imperios
que les previno, criando
al niño rey en sus pechos.

Ganó de mano esta polla,
por parecer hombre el necio

que siendo en casarse ganso,
todos corneja le vieron.

Llamóle novio de anillo
aquella madre de Anteros,
que por mirarse de vaca,
su novillo le hizo luego

Notábanle su cojera,
y él decía, aun hasta en esto
muestro que a Venus adoro,
pues siempre la reverencio.

Mucho lo sintió Accidalia,
y más cuando por los cientos
de sus años no picada,
a los trece echó menos.

De esto quedó tan cabo,
que aún sin hacer testamento,
no dando a ninguno el alma,
mandara a todos el cuerpo.

Hablándole descompuesta
con estilo deshonesto,
fue en ella desenvoltura,
lo que en él encogimiento.

Y visto que invierno helado
en los brazos de Morfeo
de la posesión del gusto
avaro negaba el censo,

se huyó del hijo de Cabra,
y a tomar faltando luego
por ir a Braga con otro,
lo dejó en Toro durmiendo.

Esto Vulcano soñaba,
la noche que por ponerlo
en los cuerpos de la luna,
salió la estrella de Venus.

Despertó con este susto,
y luego su ausencia viendo,
recibió tan gran pavor,

que se le erizó el cabello.

No duda que le hace ofensa,
porque indiciando adulterios,
esto de que está con otro,
en los cascos se le ha puesto.

Alborotado se viste
levantándose del lecho,
por amotinar los Dioses
con este levantamiento.

Heríala con palabras,
mientras ellas con efectos
mostraba a todos la herida,
por juntar la carne luego.

Metióse en la Picardía,
y con el Dios que al de Lemnos
corrió a caballo en la pulla,
al Bajo País viniendo.

En la peste de su amor
tantos por ella murieron,
que para darles sepulcro
hizo en Vulcano un carnero.

Quería bien al planeta,
que antes de su casamiento,
estando en el cielo quinto,
quebrantó por ella el sexto.

El cual hallándola un día,
peregrino en aquel huerto,
donde ella por ser ramera,
cogía tanto romero.

En la boca de un peñasco,
que fanfaron con sus ecos
a las aves, y a las fuentes
vanamente hablaba hueco.

Donde empañadas las flores
por estar ámbar vertiendo,
yendo en sus pompas a más,
salen en campos a-menos.

Junto a un arroyo, que dando
vueltas por el verde suelo,
con mostrarse a todos claro,
siempre andaba por rodeos.

Dióle de su ardor la cuenta,
en el libro del anhelo,
que por mirar la partida,
le mostraba su derecho.

Aquí le tentó el pecado,
y a la diosa, Marte luego,
tan ciego que bien se veía,
andaba por ella a tienta.

Del árbol que más gustaba,
en mesa de cumplimientos,
comiendo Venus la fruta,
dejó a Vulcano los huesos.

En esto echando el sol chispas,
viendo que el dios pedenciero
en el cuarto de su luna
estaba un cornado haciendo.

Por hacer notorio al mundo
que en el golfo de los celos,
mientras Vulcano iba a corzo,
Marte ancoraba en el puerto.

De los que a Venus le daban,
previniendo algunos perros,
corrió al cielo la cortina,
porque se corriera el ciervo.

Fuele avisar por los aires
de que con el dios guerrero,
antes de ponerse el sol,
se estaba estrellando Venus.

Lleno de pasión Vulcano,
venganza previno, viendo
que Febo con aquel soplo
aumentó fuego en su pecho.

Diéronle grita los dioses,
cuando ganó en el torneo,
qué gran sortija el planeta,
qué buena lanza el lucero.

Mas luego el rey de la fragua,
con vengativos intentos,
tendió de hierro una red,
y cogióles en el yerro.

Cuando por ver que su esposa
en la espalda del cerebro
le metía con Martillo
dos alcayatas de hueso.

Celoso en la justa injusta
que mantenía su opuesto,
le retaba de villano,
aun con verte caballero.

Venus equívocamente
se disculpaba, diciendo:
yo, señor, no quiero a-marte,
porque sólo a Marte quiero.

A Marte, no, aborrecerte
procuro, con tal extremo,
que este amor me martiriza,
porque a amartelarme llego.

A estas palabras Vulcano,
a los dos arremetiendo,
tomó para desgñarlos
la ocasión por los cabellos.

Marte mostrándole dientes,
viéndose correr en pelo,
por irle en esto a la mano
le fue al rostro con los dedos.

Aquí bramando el marido,
porque lo que contra ellos
le falta de matador,
le sobra de matadero.

¡Vengadme, dice, oh, deidades,

de este león carnicero,
que de Venus en el signo
capricornio me está haciendo.

Mi agravio se halla gigante,
y yo en todo tan pigmeo,
que lo que vengo por alto
a ver, por bajo no vengo.

Del peso de mis enojos,
libra a la que a-darme celos,
onza me falta a los ojos,
arrobándome en su afecto.

¡Calla, le responde Momo,
porque te está muy a cuento,
si en tal tope eres Ramiro,
ser por tácito Cornelio!

Si con dolor de cabeza,
sientes sus desasosiegos,
cuando estén con calentura,
tu estarás con crecimiento.

No es mucho Marte la alcance,
si la sigue tan ligero,
que lo que te pesa más,
es lo que le pesa menos.

Si es discreta como hermosa,
y gozas de sus requiebros,
deja que otros participen,
que para todos hay medio.

No haré tal, dijo Vulcano,
porque si consiento en ello,
querrá mandar sobre mí,
la mala estrella que tengo.

¡Deja, oh Jove, que derrengue
a Marte, deja que a éstos,
pues me dan con la de Marte,
les dé yo con la de-Rengo!

Oyendo esta exclamación,
aquel dios que oro lloviendo

se dio a Danae de contado,
por ver su recogimiento.

Sin permitirle venganza
en el celestial consejo,
donde también dio su voto
por hacerle en el reniego.

Esto le escribió a la fama,
con tanto divertimento,
que se dejó de Vulcano
lo mejor en el tintero.

FÁBULA DE VULCANO Y VENUS. ROMANCE.

[II]

El diablo del dios Vulcano,
torpísimo, y sucio herrero,
hasta en las obras que hacía,
estaba de mocos lleno.

Dio cuando nacido fue
tal materia en sus defectos,
que el padre por no pudrirse
con él, lo arrojó del Cielo.

Encojó de la caída,
y en la redoma del tiempo
por ser familiar con todos,
era otro diablo cojuelo.

Salió zambo, y de pies grandes,
mas de cuerpo tan pequeño,
que si por ellos no fuera
ninguno pudiera verlo.

Sobre el arco de sus piernas
se fundaba aquel mal hecho
edificio, que hacia un lado,
se echaba siempre cayendo.

Por el otro lado estaba

en pie, pero no tan recto
que dejase de torcerse,
con inclinarse al derecho.

Molía corto de manos,
cuantos lo oían, creyendo
que de almírez las tenía,
porque era un gran majadero.

De hombros, y talle encogido,
ponía junto al cerebro
la espalda, avestruz sin pluma,
cuando sacaba el pescuezo.

Tan largo camino hacía
a la boca desde el pecho,
que con asmáticos pies,
se le cansaba el resuello.

A la puerta del mascar,
en mal rebate de hueso,
se le asentaba lo sucio,
por tener tufo de negro.

Tal humo de ella exhalaba,
que si no tuviera cielo,
pudieran todos decir
que era una boca de infierno.

Esquivo lo imaginaban,
por el arrugado cuero,
que con ser de voz mojado,
hablaba siempre muy seco.

Poblóse tanto de barba,
con el ermitaño tiempo,
que le quitó en esto sólo,
el predicar en desierto.

Su desaliño cerdoso,
con apariencia de puerco,
se acreditaba canario,
después de haber sido cuervo.

Encendiéndose aceitosa
dio luz de su moco espeso,

con una nariz torcida
la candileja del gesto.

Las diogenarias doncellas
de los ancianos ojuelos,
miraban por sus ventanas
metidas en dos pellejos.

Acorillaba en la testa
montones de canos pelos,
por mostrar en su consulta
que era hombre de consejo.

Dio nombre a las siete islas
que en el piélago Tirreno,
ígneas sirenas de fuelles
cantaban con voz de hierro.

Forjó con rayos de Jove,
y de Marte los aceros,
mal enmendado el pie,
por no andar nunca derecho.

Además de esto enamorado,
en la cárcel de Himeneo
se dejó echar una esposa,
estando de su amor preso.

La cual aunque era divina,
tanto humanó sus defectos,
que se desmintió de diosa
pues por mujer se la dieron.

Dame Apolo tus pinceles
para retratar su cuerpo,
si tan lindo es lo de afuera
di, ¿qué me hará lo de dentro?

A que en su cielo la pinte
me condenan mis desvelos:
con que voy allá, si puede
ir un condenado al Cielo.

Juntándose con los graves,
esparciendo su cabello,
mostró así que se estimaba

por ser diosa de buen pelo.

El espacio de la frente
es tan grande, que en su reino,
delante del rey vendado,
con la nieve está cubierto.

Dos medios círculos tienen
al margen matiz tan bello,
que toma para matar
siempre el amor estos medios.

Tanto el color de sus ojos
vino a Cupido del cielo,
que nadie lo llegó a ver
que no viese el cielo abierto.

La nariz, por aguileña,
es el aguilá de yelo
que sin derretirse, está
viendo al sol entre dos fuegos.

Sus mejillas, son dos medias
naranjas, cuyos extremos,
echan felices azahares,
para que Amor gane el juego.

Próvida naturaleza,
de hermosura echando el resto,
se esmeró en la boca más,
porque no pudo hacer menos.

Por ver procesión de perlas,
de su respirante aliento,
colgando el templo de grana,
hizo del ámbar incienso.

Colón de las hermosuras,
descubre aquel mundo nuevo
donde el hoyo de la barba,
es eje de su hemisferio.

Brilla el cielo de prodigios
su rostro, en todo perfecto:
pues cuando tira más rayos,
es cuando está más sereno.

Hija y deidad por su arrojo,
del espumoso elemento,
sacó al cuello la blancura,
echando a la nieve el pecho.

El magallánico talle,
con el aire que da el tiempo,
navegando por mar largo,
halla en su extremo el Estrecho.

Al jazmín se dan las palmas,
llenas de albores tan bellos,
que le llevan de ventaja
al mismo jazmín, diez dedos.

Blanca envidia del Favonio,
el pie que anima pequeño,
deja flores con su estampa,
moviéndolas con su aliento.

Esta es Venus, a quien todos
amaban, porque saliendo
de la mar en una concha,
perla del amar la vieron.

Fue hermosa por excelencia,
y en Chipre majestad siendo,
tuvo señoría, en cuantos
a su merced acudieron.

Marte, y otros tantos dioses,
a su voluntad sujetos,
la tomaron de memoria,
por verla de entendimiento.

Con ellos daba en medirse,
por serles tan a modelo,
que aunque mucho la llevaban,
todos eran de su cuerpo.

El peso más que el escudo
preciaba, pues por tenerlo,
tan a-pechos lo tomaba,
que se echaba con el peso.

Libro fue de Paratodos,
con tal arte, que leyendo
Dante, aumentaba sus tomos
el que andaba en sus ojeos

Sin ser su cuerpo de guardia,
daba por el real de aquellos
que sirvió de general,
con la gente que había hecho.

Tuvo infantes en dos hijos,
por los cabos medianeros
de todas las compañías,
que esta infantería hicieron.

Mas cuando por tributarios
los recibió en los imperios
que les previno, criando
el niño rey, en sus pechos.

Ganó de mano a esta polla
por parecer hombre, el necio
que siendo en casarse ganso,
todos corneja le vieron.

Llamóle novio de anillo
aquella madre de Anteros,
que por mirarse del vaca
su novillo le hizo luego.

Notábanle su cojera,
y él decía: aun hasta en esto
muestro que a Venus adoro,
pues siempre la reverencio.

Sintiólo Accidalia; y más
cuando por jugar los cientos
de sus años, no picada,
a los trece echó menos.

De esto quedó tan al cabo,
que aun sin hacer testamento
no dando a ninguno el alma,
mandaba a todos el cuerpo.

Hablándole descompuesta,

con estilo deshonesto,
fue en ella desenvoltura,
lo que en él encogimiento.

Y visto que invierno helado
en los brazos de Morfeo
de la posesión del gusto
avaro negaba el censo.

Se huyó del hijo de Cabra,
y a tomar faltando luego,
por ir a Braga con otro
te dejó en Toro, durmiendo.

Esto Vulcano soñaba,
la noche que por ponerlo
en los cuernos de la luna,
salió la estrella de Venus.

Despertó con este susto,
y luego su ausencia viendo,
recibió tan gran pavor
que se le erizó el cabello.

No duda que le hace ofensa
porque indiciando adulterios
esto de que está con otro
en los cascos se le ha puesto.

Alborotado se viste,
levantándose del lecho,
por amotinar los dioses
con este levantamiento.

Heríala con palabras,
mientras ella con efectos
mostraba a todos la herida,
por juntar la carne luego.

Y entrando en la Picardía
con Marte, al señor de Lemnos
corrió a caballo en la pulla,
al País Bajo viniendo.

Vio su mal de inglés el Cippo
en la Cornubia cayendo,

por los tropiezos agudos,
que a la frente le salieron.

En la peste del amor,
tantos por ella murieron,
que para darles sepulcro,
hizo en Vulcano un carnero.

Quería bien al planeta
que antes de su casamiento
estando en el cielo quinto,
quebrantó en ella el sexto.

Viendo el bordón y esclavina
de su peregrino afecto
Venus, abeja ramera,
andaba por el romero.

Quiso libarle la flor,
por adularla en su seno,
aunque estaba hecha un acíbar
con el color de los celos.

Marte la descubrió, al verde
margen del libre arroyuelo,
que Demócrito ondeado,
se iba de todo riendo.

Dióle en libro de memoria,
la cuenta de su derecho,
después que vio la partida,
en la vuelta del asiento.

Aquí le tentó el pecado
y a Venus el galán ciego,
de modo, que bien se veía
andaba por ella a tienta.

Del árbol que más gustaba,
en mesa de cumplimientos
comiendo Venus la fruta,
dejó a Vulcano los huesos.

Echaba chispas el sol,
viendo que el galán bermejo,
en el cuarto de su luna,

estaba un cornado haciendo.

Por hacer notorio al mundo
que por el mar de Himeneo
mientras Vulcano iba a corso,
Marte ancoraba en puerto.

De los que a Venus le daban
previniendo algunos perros,
corrió al Cielo la cortina
porque se corriera el ciervo.

Fuele a avisar por los aires
de que con el dios guerrero,
antes de ponerse el sol
se estaba estrellando Venus.

A la venganza Vulcano
se previno, con el fuego
que encendió el fuelle de oído,
en la fragua de su pecho.

Silváronle las deidades,
y él bufaba, descubriendo
lo encarnado de los dos,
sobre lo azul de los celos.

Mas luego el rey de la fragua,
con vengativos intentos,
tendió de hierro una red,
y cogiólos en el yerro.

Miró entonces que su esposa,
en la espalda del cerebro
le metía con martillo
dos alcayatas de hueso.

Celoso en la injusta justa
que mantenía su opuesto,
le retaba de villano,
aun con verle caballero.

Venus, equívocamente,
se disculpaba, diciendo:
yo, señor, no quiero amarte
porque solo a Marte quiero.

Incentivo Marte altera
mi beldad, con tal extremo,
que este amor me martiriza,
porque a-martelarme llego.

A estas palabras Vulcano,
a los dos arremetiendo,
tomó para desgñarlos
la ocasión por los cabellos.

Marte, mostrándole dientes,
viéndose correr en pelo,
por irle en esto a la mano
le fue al rostro con los dedos.

Aquí bramaba el marido,
porque lo que contra ellos
le falta de matador
le sobra de matadero.

¡Vengadme, dice, deidades,
de este planeta terreno,
que de Venus en el signo
capricornio me está haciendo!.

Del peso de mis enojos,
libra la que a darme celos
viene, contra mi onza brava,
sino la arroba de su objeto.

Ambos me fajan la honra
con navaja de adulterio,
por ser ventosas de carne
que me levantan los huesos.

¡Calla, le responde Momo,
porque te está muy a cuento,
si en tal tope eres Ramiro,
ser por tácito Cornelio!.

Si es discreta como hermosa,
y gozas de sus requiebros,
deja que otros participen,
que para todos hay medio.

¡Eso no, dijo Vulcano,
que si tal cosa consiento,
querrá mandar sobre mí
la mala estrella que tengo!.

Así que anochece sale,
junto a este espadachín fiero,
que a lo rufián la tiende
aun con la ronda del cielo.

Levantar le hace a la aurora
con el caballo que Febo
lleva a la fuente de Castalia,
tomando de mí su cabestro.

A fuerza de antipatía
por morderme es sufrimiento,
ladra a mi frente lunada
aun de Venus el can muerto.

¡Obstad que lleve de Marte
el humor, porque no puedo
sufrir que sea veleta
de una cabeza de viento.

Será impiedad perdonarlos,
porque dirá el runrún necio
que en sus amores me voy,
si en mis celos no me vengo!

Con risa, esta exclamación
escuchó el que oro lloviendo
se dio a Danae de contado,
por ver su recogimiento.

Condenólo a ser sufrido,
dando el celestial Consejo
en favor de Marte el voto,
que en Vulcano fue reniego.
Todo lo escribió la Fama

en los anales del tiempo,
dándole a Marte la pluma,
y al unicornio el tintero.

A LA FÁBULA DE ADONIS Y VENUS.
REDONDILLAS.

[I]

De Venus mi musa cante
y del galán impaciente
que por verla de poniente
andaba muy de levante.

Aquella de amor esfera,
que con Paris siempre humana
a que le dé la manzana,
más que otras hermosa es pera.

Maravilla del donaire,
que para herir corazones
no necesita de harpones
más que de andar en el aire.

Afable deidad del suelo
nació en la espuma tan bella,
que de la mar se halló estrella,
por ser caída del Cielo.

Crióse de luz armada
en Chipre, tan matadora,
que fue de todos señora,
así que se vio criada.

Bizarra a todo galán
daba el solimán de amor,
si de la hermosura flor,
de la luz del sol-imán.

Buscaba lance oportuno
de logros, tan poco honesta
que haciéndola todos fiesta,
no se guardó de ninguno.

De verde andaba vestida,
donde, sin mostrar enojo,
como no se tapó de ojo
fue de muchos conocida.

Porque Febo en su amor arda,

siempre a mudanzas resueltas,
jamás dio con nadie vuelta,
que no fuera de gallarda.

Juntándose pues, difunta
de amor, con el dios airado,
salió que fuese engendrado
otro amor de aquella junta.

A campar con estas flores
salió una mañana al prado,
que de verla avergonzado
se puso de mil colores.

De su cabello amor cielo,
tocando el bello arbol,
a parejas con el sol
corre a la almas en pelo.

Rayos tira de sus ondas,
al que en tormentas amargas
las penas porque son largas,
las teme porque son hondas.

La misma beldad se embebe,
en su frente lisa y pura,
visto que en ella segura
vive a sus anchas la nieve.

Negras espadas no juntas
sacó sobre dos estrellas,
de modo hiriendo con ellas,
que las dobló por las puntas.

Viniendo a darla despojos
ese planeta de fuego,
quedó de verla tan ciego,
que dio en sus luces de ojos.

Con silos hermosa parca,
sin vuelta entre soles dos,
por rayo del ciego dios
sacó una espada de marca.

Con flechas en el retiro
amor de perlas que toca,

por disparar en su boca,
logra la grana de Tiro.

El bello rostro en sí embebe,
purpúreo y vital candor,
teniendo en su encaje amor
para herir punta de nieve.

Los jazmines en exceso
del cuello con los albores,
viéndose competidores,
anduvieron a pescuezo.

Donairosa al Aura asusta
la cintura delicada,
porque de hermosura armada,
siempre la mantiene justa.

A la azuzena, no en vano,
hace flecha del amor,
pues por matar con tal flor,
no la deja de la mano.

Tan airosa en andar es,
tan ligera en su donaire,
que al aire alcanza en el aire,
cuando se le va por pies.

Ya con su hermoso arrebol
en esta ocasión había
dado más luces al día,
mostrando en-ojos al sol.

Al alba, hermosa se opone,
porque diga, huyendo de ella,
no siempre sale esta estrella
al tiempo que el sol se pone.

Llegó a un arroyo serena,
y entrando la mano en él,
por un abierto clavel
bebió en vaso de azucena.

Hallóse el cristal ufano
mitigando su sed loca,
por haberle ido a la boca,

conjugar ella de mano.

Entonces con sus albores
poniéndose el campo en-aguas
hecho un chamelote de aguas
se mostró raso de flores.

Venus, echando centellas
en las amenas estancias,
las coronó de fragancias,
haciéndolas ver estrellas.

Las aves le hicieron salvas,
viendo que con arreboles
andaba enseñando soles,
bebiendo en las fuentes albas.

De caza llegó a este prado
un joven, que a mi entender
reunía buen parecer,
aunque era poco letrado.

Nieto y más hijo se tacha
del que vio, por trato doble,
de su honor cortado el roble,
después de sacar el hacha.

De Mirra por el fin malo,
para que mejor se acuerde,
estando ella en Cabo Verde,
él nació en Cabo de Palo.

Creció con gracia, y donaire,
cazador del niño ciego,
para quemar en el fuego
lo que mataba en el aire.

Con esplendor ondeado
esparcía el pelo bello,
tomando por el cabello
el hablar siempre atufado.

De hermosuras ilustrada
su lisa frente, con ser
toda blanca al parecer,
del niño rey es morada.

Las cejas con igual arte
queriendo reñir, apuntan,
mas no se cogen ni juntan,
porque siempre están a parte.

Al rostro, que sin enojos
es río de grana y nieve,
forma con bello relieve,
un puente de dos ojos.

La boca un rubí de pisa
por coger perlas en ella,
si bien con gracia tan bella
que todo lo lleva en risa.

Sin bozo hablar y sin rebozo,
vea el que en esto repara,
si este bozo tiene en cara,
si esta cara tiene embozo.

Lo demás dejo en la tinta,
porque será disparate
que yo su barba retrate,
si la barba no le pinta.

Al amor que de su fe
cae por la palma en lo llano,
lo levanta con la mano
para que le sirva en pie.

Fue de linaje granado,
y trigueño, de manera,
que con verdor en su era
siempre se mostró espigado.

Éste era Adonis, aquél
que en su amor inquieto
estando a Venus sujeto
no hubo sujeto como él.

De sus yerros luego imán
lo consagró el albedrío,
con tan donairoso brío,
que le admitió por galán.

Cuando de esto haciendo plaza,
por aquel monte florido
con ser alma de Cupido
en cuerpo salió de caza.

Venus en tal coyuntura
familiar suyo le hizo,
por ser su amor un hechizo,
que siempre alzaba figura.

Hiciéronse amante salva,
por pegársela a porfía,
si ella al rosicler del día,
él al lucero del alba.

Ericina muy inquieta
los ojos al joven alza,
porque aunque estaba descalza,
era poco recoleta.

Abrazóla con lealtad
el gallardo cazador,
que por conocer su flor,
murió en la flor de su edad.

Pasando a la Picardía
tuvo vergüenza la estrella,
mostrándose así más bella,
porque así el verla quería.

Por hacerles sombra suma,
celebrando su contento,
los pájaros en el viento,
forman abriles de pluma.

Picándole más que avispas
los celos al buen Vulcano,
sus yertos teniendo a mano,
en la fragua echaba chispas.

Hecho Marte una centella,
llegó a este sitio florido,
por no querer que atrevido
campe Adonis con su estrella.

No se holgó nada de ver

de Ericina la mudanza,
porque en su día de holganza,
con otro tiene que hacer.

¡Ingrata, mi airado pecho,
dice, templará sus furias
en el lecho que me injurias,
pues te he cogido en el hecho!

¿Eres tú, la que en mil partes
a la fama le decías
por mí, que todos los días
quisieras que fueran martes?

Andando a la flor del berro
goce de la tuya el fruto,
cuando tu marido astuto
nos pescó un día por yerro.

De tu hermosura fui Paris
de suerte en este Péloro,
que haciendo a Vulcano un toro,
receló ser mi falaris.

De los dos al filial astro
llamó antenado con miedo,
por no ser Cupido dedo
que consentía padrastrós.

Los que más de tu beldad
lo gravan la preeminencia,
él era por reverencia,
y yo por paternidad.

Y hoy por un liviano antojo
quieres que sienta, no en vano,
que a mí me has dado de mano,
por dar a Adonis de ojo.

¿Es posible que te cuadre
un mozuelo inadvertido,
que desde que fue nacido
hace sudar a su madre?

Yo soy aquel rey de espadas
que para el gallina, o gallo,

que así triunfa de caballo,
inventó las cabezadas.

Mi valor que a todos doma,
tuvo en la hermana de Lauso
dos hijos, que con aplauso
fueron padres de una roma.

Si la brillante desato
cuando a reñir me acomodo,
porque salga caro todo,
todo le meto a barato.

Y así me intento vengar
de Adonis, dándole muerte,
porque te pese de suerte,
que no le puedas llevar.

Con esto en los accidentes
de sus celosos cuidados,
previno herirlo a-bocados,
por tenerlo ya entre dientes.

A matarle se ha dispuesto
el quinto dios, y así pinto
que por no salir de quinto
dejó a la dama de sexto.

Aunque de trucos no era
tahúr, en su airado ensayo
los dos le temieron rayo,
oyéndole por tronera.

Cuando en la región neptuna
negándoles su arrebol,
de todos se quitó el sol,
por dejarlos a la luna.

Entonces Venus en pelo
le dijo a su Durandarte,
en el suelo temo a Marte,
y así amarte voy al cielo.

Que es ya noche, y Cintia bella,
me espera en su jerarquía,
para mostrar en mí al día

que nace con buena estrella.

Grande riesgo te amenaza,
y así te pido no más,
si eres limpio, que jamás
andes de puercos a caza.

Que Marte en ella se eriza,
celoso por martillarte
mira que puede quemarte,
que Marte así martiriza.

Con esto dando suspiros
se fue la Diosa, que osada
hizo por tener su espada
a Marte no sé qué tiros.

No pudo este dios sufrir
lo que su pesar le informa,
y así mudando la forma,
empezó luego a gruñir.

Contra el que le enoja inicuo
quedó tan fuera de sí,
que hecho un fiero jabalí
le mostró un palmo de hocico.

De este modo con la cuerda
resolución de su empeño,
entró Don Marte Sedeño
en la casa de la cerda.

Con el rigor que acaudilla,
por una y por otra parte
en busca de Adonis parte,
vestido de cochinilla.

Cuando de una verde cumbre
le halló en la falda sombría,
que de la antorcha del día,
no le entra luz, ni por lumbre.

Esperó Adonis sañado,
al espín, que allí cruel
por hacer mondongo de él,
le acometía a menudo.

A fin de lograr su fin
le tiró el mozo un harpón,
mas le hurtó el cuerpo al lecho,
por ser entonces del-fín.

Conoció Adonis su intento,
y recelando morir,
con el achaque de huir
tuvo un grande corrimiento.

Pescarlo el marrano supo,
y el amazón que no esconde
se le entró por no sé dónde
aquella vez que le cupo.

Adonis fuera de tino
cayó en tan funesta calma,
que con las bascas el alma
a la boca se le vino.

Marte que el vivir le agosta,
viendo en la sangrienta herida,
que por la posta a otra vida,
caminaba el alma apostá.

Le dejó, cuando mortal
con vivas ansias decía,
¿dónde estás, señora mía?
¿qué no te duele mi mal?

Venus en su queja advierte,
y a socorrerle camina,
temiendo por gallina,
le está trinchando la muerte.

Tan bella con pies de plata
por las breñas salta a prisa,
que a cada mata que pisa,
muchísimas vidas mata.

Hirióse en un pie tan mal,
que dio sangre al soto franca,
y la rosa que era blanca,
fue con su púrpura real.

Llegó, y con su amante exceso
viéndole en sangre teñido
batallando sin sentido
con un gigante de hueso.

Le volvió en azahar o en lirio,
o en entrambos, por probar
que la flor que trae azar,
suele en muchos ser de-lirio.

Mas yo pienso, y no es error,
que al verle dar pan de perro,
le volvió en la flor del berro
por andar siempre a esta flor.

FÁBULA DE ADONIS Y VENUS. REDONDILLAS.

[II]

La diosa de la belleza,
que dando a Marte el sentido,
dejó a su necio marido
con dolores de cabeza.

Reina imperiosa del suelo,
nació en la espuma, tan bella,
que del amar se halló estrella,
por ser caída del cielo.

Crióse de luz armada
en Chipre, tan matadora,
que fue de todos señora,
así que se vio criada.

Buscaba lance oportuno
de logros, tan poco honesta,
que haciéndole todos fiesta,
no se guardó de ninguno.

De verde andaba vestida,
donde con deseo rojo,
como no se tapó de ojo,
fue de muchos conocida.

Juntándole mal difunta
de amor con el dios armado,
salió que fuese engendrado
otro amor de aquella junta.

Viole encinta por su ojete,
pareciendo cada aurora
a la violada señora
Violante de Navarrete.

Con flecha de nuevo infante,
hirió al joven, que impaciente
por mirarla de poniente,
siempre andaba de levante.

El tal era cazador
en el monte, donde bella
inclinándose su estrella,
le dio la luz de su amor.

Sacaba al sol de oriente,
y de sus rayos a Flora,
muy fresca para el aurora,
para el amor muy caliente.

Volverla a pintar conviene,
porque muda de semblante,
que como tiene otro amante,
también otra cara tiene.

Del pelo encrespa las ondas,
al que en tormentas amargas
las penas porque son largas,
las teme porque son hondas.

La misma beldad se embebe
en su frente lisa, y pura,
visto que en ella segura
vive a sus anchas la nieve.

Ricas espadas no juntas
saca sobre dos estrellas,
de modo hiriendo con ellas,
que las dobla por las puntas.

Sus ojos publican celos

al amante girasol,
que ve con más fuerza al sol,
dividiéndose en dos cielos.

Por la luz de sus enojos,
con perfección afilada
a la nariz deja helada,
ver que la trae entre ojos.

Sus mejillas, son castillos,
por campos de armas iguales,
más rojas que Sandovalés,
aunque parecen Carrillos.

Tesoro de perlas toca
un clavel, tan divertido,
que en dos pedazos partido
cae en sus labios de boca.

Al jazmín reta valiente,
y si soberbio procura
igualarle en la blancura,
por la barba lo desmiente.

En el cuello sin tropiezo
los ampos, y los albores,
quieren ser competidores
por andar siempre a-pescuezo.

Por la cintura al donaire,
tan delgado se concede,
que para herir de amor, puede
coger flechas en el aire.

A la azucena no en vano
sacó del lácteo licor,
pues por matar con tal flor,
no la deja de la mano.

Tan airosa en andar es,
tan ligera en su donaire,
que al Aire alcanza en el aire,
cuando se le va por pies.

Al alba hermosa se opone,
porque diga, huyendo de ella,

no siempre sale esta estrella
al tiempo que el sol se pone.

Llegó a un arroyo serena,
y entrando la mano en él,
por un abierto clavel,
bebió en vaso de azucena.

Hallóse el cristal ufano,
mitigando su sed loca,
por haberle ido a la boca,
con jugar ella de mano.

Entonces con sus albores
poniéndose el campo en-aguas,
hecho un chamelote de aguas,
se mostró raso de flores.

Las aves le hicieron salvas,
por los claros arreboles,
que andaba enseñando soles,
bebiendo en las fuentes albas.

Llegó en su busca sudado
aquel cazador mancebo,
de sus triunfos arco nuevo,
de su amor harpón dorado.

Por la espalda quietamente,
al hombro le echa la cara,
que encendida se le para
en mitad de la corriente.

A Venus pasma y asombra
la hidromántica señal,
cuando dentro del cristal
ve de su amante la sombra.

Conforme se le figura
le cree familiar castizo,
y él no duda del hechizo,
mirando que alza figura.

La vista vuelve a la espalda,
y mira el galán montero,
que se pule de sombrero,

levantándole la falda.

Con el impensado objeto
quedó casi desmayada,
porque sacando la espada,
se le puso luego recto.

Recibióle con agrado
la diosa, porque a su ver
tenía buen parecer,
aunque era poco letrado.

Con poéticos influjos,
a retratarlo me allano,
dándole primera mano,
sin meterme en más dibujos.

Suelto el cabello dorado
enlaza el rapaz desnudo,
nunca en su rostro sañudo,
siempre en su pelo atusado.

Lauréase la bruñida
frente, porque la victoriosa
en su campaña espaciosa,
deja a la nieve rendida.

Las cejas en igual arte
queriendo reñir apuntan,
mas no se cogen ni juntan,
porque siempre están aparte.

Al rostro que campos rojos
trae río de quieta nieve,
forma con bello relieve
una puente de dos ojos.

A la boca un clavel pisa,
por coger perlas en ella,
si bien con gracia tan bella,
que todo lo lleva en risa.

Dejóle el bozo en la tinta,
y será gran disparate
que yo su barba retrate,
si la barba no le pinta.

La garganta le hace estrecho,
la mano, y talle cumplido,
de pie, y facciones pulido,
y de cuerpo muy bien hecho.

Éste es Adonis, aquel
joven, que en su amor inquieto,
estando a Venus sujeto,
no hubo sujeto como él.

El rey lo formó sin tacha
que de su honor sublimado
el árbol miró cortado,
después de sacar el hacha.

Con buen rostro, y pecho malo
Mirra, que el llorar no pierde,
pariéndole en Cabo Verde,
él nació en Cabo de Palo.

Creció con gracia, y donaire,
cazador del niño ciego,
para quemar en el fuego
lo que mataba en el aire.

Fue de linaje granado,
y trigueño de manera,
que con verdor en su era,
siempre se mostró espigado.

Del amante yerro imán,
a Venus dio el albedrío,
con tan donairoso brío,
que le admitió por galán.

Entonces Venus inquieta,
los ojos al joven alza,
porque con estar descalza,
es muy poco recoleta.

Hiciéronle alegre salva,
por pegársela a porfía,
ella, al rosicler del día,
él, al lucero del alba.

Abrazóla con lealtad
el gallardo cazador,
que por conocer su flor,
murió en la flor de su edad.

Pasando a la Picardía,
tuvo vergüenza la estrella,
y así se mostró más bella,
porque así él verla quería.

Escondiéronse del sol
entre las frondosas ramas,
con que no sacó a sus llamas
los cuernos el caracol.

Que picando más que avispas
los celos al buen Vulcano,
sus yerros teniendo a mano,
en la fragua echaba chispas.

Hecho Marte una centella,
llegó a este sitio florido,
por no querer que atrevido
campe Adonis con su estrella.

No se holgó nada de ver
a Ericina deshonesto,
porque en su día de fiesta,
con otro tiene que hacer.

¡Ingrata, mi airado pecho,
dice, templará sus furias,
en el lecho que me injurias,
pues te he cogido en el lecho!

¿Eres tú la que en mil partes
a la Fama le decías
por mí, que todos los días
quisieras que fueran martes?

Gustoso en amante encierro,
gocé de tu flor el fruto,
aunque tu marido astuto
nos pescó un día por yerro.

Siempre con amante estilo,

tuve a tu amistad decoro,
y en Vulcano labré un toro,
sólo por ser tu Perilo.

De los dos al filial astro
llamó antenado con miedo,
por no ser Cupido dedo
que puede sufrir padrastro.

Los que más de tu beldad
lograban la preeminencia,
él era por reverencia,
y yo por paternidad.

Y hoy por un liviano antojo
quieres que sienta, no en vano,
que a mí me has dado de mano,
por dar a Adonis de ojo.

¿Es posible que te cuadre
un mozuelo inadvertido,
que desde que fue nacido
hace sudar a su madre?

Yo soy el que rey de espadas
di las batallas campales,
y para caballos tales,
inventé las cabezadas.

De éste, los modos altivos,
alborotan mis legiones,
porque sus malas acciones,
me hacen perder los estribos.

Semiramis verte siento,
de un potro, que no domado,
es para ti regalado,
y para mí tormento.

Como en el juego que estás,
no temes que me despique,
si por tolerar su pique,
a mí el capote me das,

A tu esposo impertinente,
maltraté loco de amor,

cuando creció mi furor
con la luna de su frente.

Fui de arenas al juicio,
suegrecida de Halirrocio,
porque en día de negocio,
me vedó el usar mi oficio.

¿Cómo me ofendes, si dueña
ella por mí, parir toma
los dos padres de la Roma,
que hará cesar aguileña?

¿Si la brillante desato,
cuando a reñir me acomodo,
porque salga caro todo,
todos lo meto a-barato?

Mis celos sabré vengar,
daré a tu amante la muerte,
porque te pese de suerte,
que no lo puedas llevar.

Con esto en los accidentes
de tus celosos cuidados,
previno herirlo a bocados,
por tenerlo ya entre dientes.

Aunque de trucos no era
tahúr, en su fiero enfado,
los dos le temieron rayo,
oyéndole por tronera.

Cuando en la región neptuna
negándoles su arrebol,
de todos se quitó el sol,
por dejarlos a la luna.

Entonces Venus en pelo,
le dijo a su Durandarte,
en la tierra temo a-marte,
y así a Marte voy al cielo.

Que es ya noche, y Cintia bella,
me espera en su jerarquía,
para mostrar en mí al día

que nace con buena estrella.

Gran peligro te amenaza,
y así te pido no más,
si eres limpio, que jamás
andes de puercos a caza.

Que Marte en ella se eriza
y en mí quiere desamarte,
mira que puede quemarte,
que Marte así martiriza.

Con esto dando suspiros,
se fue la dama, que osada
hizo por tener su espada,
a Marte no sé qué tiros.

No pudo este dios sufrir
lo que su pesar le informa,
y así mudando la forma,
empezó luego a gruñir.

Contra el que le enoja inicuo,
quedó tan fuera de sí,
que hecho un fiero jabalí,
le mostró un palmo de hocico.

De este modo, con la cuerda
resolución de su empeño,
entró don Marte Sedeño,
en la casa de la Cerda.

Con el rigor que acaudilla,
por una y por otra parte,
en busca de Adonis parte,
vestido de cochinilla.

Cuando de una verde cumbre,
le halló en la falda sombría,
que de la antorcha del día
no le entra luz, ni por lumbre.

Empezó Adonis sañudo
al espín, que en todo cruel,
por hacer mondongo de él,
le acometía a menudo.

A fin de lograr su fin
le tiró el mozo un harpón,
mas le hurtó el cuerpo el lechón
por ser entonces del-fín.

Conoció Adonis su intento,
y recelando morir,
con el achaque de huir,
tuvo un grande corrimiento.

Pescarlo el marrano supo,
con el colmillo amolado,
que le entró por un costado,
aquella vez que le cupo.

Adonis, fuera de tino,
cayó en tan funesta calma,
que con las bascas el alma,
a la boca se le vino.

Marte que el vivir le angosta,
vio ensanchándole la herida,
que por la puerta a otra vida,
caminaba el alma a posta.

Dejóle, cuando mortal,
con vivas ansias decía,
¿dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?

Venus, que en su queja advierte,
a socorrerle camina,
temiendo que por gallina,
le está trinchando la muerte.

Ligera salta del coche,
y por la selva no para,
llevando el día en su cara,
y en su corazón la noche.

Hirióse en un pie tan mal,
que dio sangre al foro franca,
y la rosa que era blanca,
fue con su púrpura real.

Halló al sol de sus antojos,
eclipsado en rojo lecho,
más con su estrella en el pecho,
que con su luz en los ojos.

En la sangre las pasiones
arroja desfigurado
andando a puño cerrado
con la muerte a mojicones.

Venus, de besar no se harta
el clavel que fue de risa,
dando a su fragancia prisa,
porque el color se le aparta.

De ansias llena, con clamores,
le bebe por su amor loca
todo el aliento en la boca,
toda el alma en los dolores.

Volvióle en azahar, o en lirio,
o entrambos, por mostrar,
que la flor que trae azar,
suele en muchos ser delirio.

Mas yo pienso, y no es error,
que al verle dar pan de perro,
le volvió en la flor del berro,
por andar siempre a esta flor.

A LA SEÑORA DOÑA MENCÍA YERRO DE CASTRO,

Hija del Señor Don Diego Henríquez de Castro, pagador general de los ejércitos de Flandes, y del consejo de guerra de su Majestad.

Deidad humana, en cuya gentileza
cifró todo su ser Naturaleza,
noble envidia del hijo de Latona,
que a la misma Pomona
ocasiones temores,
campo de luces, cielo de las flores.

A tu sombra salir a luz procura
en breves hojas dando al amor ojos

el que a manos murió de sus antojos;
si viera tu donaire y compostura
en amoroso abismo,
más muriera por ti, que por sí mismo.

Lisonjeras las fuentes y las aves
entre alegres murmullos voces graves
dan, celebrando los mejores mayos
con que ilustran de rayos
a sus festivas salvas,
tus ojos soles y tus manos albas.

Te salen a la cara los colores
que al abril desafían rosa a rosa,
las cuales piden a tu boca hermosa,
blanco a sus dientes, a su aliento olores,
viendo como se entabla,
si enmudece clavel, perlas si habla.

La libertad más libre y más segura
cae de suerte en la red de tu hermosura,
que no puede escapar sin darte el alma,
porque siempre con palma
hechizo de la tierra,
primero matas que publicas guerra.

No Minerva con tal entendimiento
nació de Jove como tú, Mencía,
almas rindiendo, hermosteando al día,
de las admiraciones tan portento,
que sólo en ti se advierte
discreta la beldad, bella la muerte.

Naciste Fénix de la clara estrella
que más que todas en el cielo es bella,
imitándola tanto virtuosa,
gallarda y generosa,
que fama esclarecida
en ti dejó, dejándote su vida.

Divino fruto, milagroso efecto
de la flora mejor del mejor astro,
te iluminas imagen de alabastro,
de todo corazón, de todo afecto
peregrino tesoro,
imán del yerro de sus nombres oro.

Tomé la pluma de sus propias alas
para volar a las etéreas salas,
Ícaro no, con el divino aplauso
que aun del padre de Lauso
generoso homicida
mientras lo hiere más, le da más vida.

Eco y Narciso de su gala y brío,
aplauso resonante y mudo objeto,
más notado será si más perfecto
excediere al desvelo de mi Clío,
no Narciso en tu llama,
cuan Eco de la trompa de tu fama.

A NARCISO Y ECO.

Inmóvil Polifemo de esmeraldas
sostenía en sus fértiles espaldas
verde cielo de estrellas olorosas,
que a blancas mariposas
no aladas, sí risueñas,
trepando por el cuello de las peñas,

libaba la dulzura con la planta,
cuando más fugitiva la corriente
arrojada del ojo de su frente
con apretarle un nudo la garganta
respirar le hizo olores
susurro de cristal, sierpe de albores.

Allí el hijo de Sísifo imperioso
de todo amor objeto desdeñoso,
la aljaba al hombro con ligero paso
daba en su oriente ocaso
a cuanta ninfa ansiosa
le siguió exhalación de nieve y rosa,

a cuanta flor alada peinó el viento,
a cuanto bruto escándalo del monte
de piel cometa se anunció Faetonte,
tan activo en herirlos, tan violento
que por modos tiranos
lo que a su vista no, muere a sus manos.

Harpones de oro les tiró y de acero
cuan brioso y galán esquivo y fiero,
dos átomos de yelo presuroso
alzando en el umbroso
Alpe, titán de cuantas
flores producen sus veloces plantas.

La ondeada inquietud de sus cabellos
por mar de plata laberinto de oro,
al hijo ardiente del fingido toro
hilos feriendo largamente bellos
por las líneas mejores
le hizo andar con enredos de esplendores.

Venció en el campo de su ebúrnea frente
a tanto corazón rapaz valiente,
que a sus victorias noblemente iguales
los arcos más triunfales
formó Naturaleza
sobre dos basiliscos de belleza.

No se mataban porque no se veían,
dividiéndoles muro de alabastro
el imperio mayor del mayor astro,
en competencia tal, que parecían
la mejillas hermosas,
a batallas de luz, campos de rosas.

Fragancia mucha por herida poca
respiró el nácar del cristal de roca,
concha risueña, si clavel abierto
al áspid, que encubierto
intentando beberlas,
en dos carreras alcanzó sus perlas.

Aliento de la gala, honor del brío,
a su hechizo luciente, a su donaire
atrayendo al cristal, inclina al aire,
mas con tal suavidad y señorío,
que a saber cómo encanta,
uno le va a la mano, otro a la planta.

Por el fértil imperio de Pomona,
siguiéndole aún la hija de Latona,
con todas las selváticas deidades,
le amaban las náyades,

las verdes amadrías,
los negros faunos, y las blancas drías.

La ambiente Clicie ya olvidaba a Febo,
a Céfalo la Aurora, a Jove Juno,
a Marte Venus, Tetis a Neptuno,
hallando siempre en el rigor tan nuevo,
que a todas despreciaba,
y más a Eco, porque más le amaba.

Igual su ingratitud a su hermosura,
con mayor confianza que ventura,
la queja atropellando que le instiga,
las malezas fatiga,
huyendo con violencia
si de su pecho no, de su presencia.

Entonces cazador lleno de enojos,
escándalo de un ciervo que huye herido
de rémoras peñasco impedido,
solamente le sigue con los ojos,
por las purpúreas señas
que a la vista le faltan de las peñas.

No tan activo al que cayó de Etonte,
Júpiter fulminó rayo de Bronte,
como Narciso al Acteón alado,
de harpón que plumado
le hería de manera,
que alas te dio para que más huyera.

Punta acerada intrépido le arroja,
con que flechado el bruto nuevamente,
agonizando en púrpura caliente,
el rostro muerde a la palestra roja,
sin saber que procura
con los dientes hacer su sepultura.

Eco, más muerta entonces de su fuego,
tanto le enoja con amante ruego,
que del umbroso singular Atlante
peñasco respirante,
retirado a las faldas
en los ojos la dio con las espaldas.

Negando alivios, ofreciendo asombros,

sordo a sus quejas, a sus voces mudo,
pisando el rostro del gigante rudo,
movía el verde peso de sus hombros
con ligereza suma,
rayo sin llama, pájaro sin pluma.

Sigue la ninfa al fugitivo amante,
que animado bajel por mar fragante,
se aparta del Caribdis de sus ojos
con borrascas de enojos,
y sus rubios cabellos
eran las velas, dando el aire en ellos.

Al paso que en su alcance Aura luciente
la que no silenciosa enojó a Palas,
en sus pies del amor lleva las alas,
en su vista del sol vibra lo ardiente,
hecha toda venenos
donde lo sigue más, lo alcanza menos.

¡Oh más ingrato, dice, que la palma,
sin dar alivio a quien te ha dado el alma,
duro diamante a los sollozos míos
con tiranos desvíos
tal incendio me influyes,
que más me rindes cuando más me huyes.

No risco apresurado te retires
de nieve todo respirando fuego
a un corazón que te idolatra ciego;
no tantas flechas de crueldad me tires,
pudiendo sin rigores
matar más que con rayos con amores!

Mira lo que por [ser] cruel y por remiso
al escollo de ramos Cipariso
besa funesto el pie, gimiendo ronco;
mira volverse en tronco
la hija de Peneo,
verde siempre con llanto de Timbreo.

Mira lo que aun peñasco Isis no alcanza,
mudarse en fuente lo que fue mancebo,
que por vengarse Amor del mismo Febo
de sosiego, de vida, de esperanza
en el mayor Péloro

le dejó pobre, hiriéndole con oro.

Imita al que amoroso y vigilante
venció pechos de bronce y de diamante,
mira cual por Europa desvelado,
y por Yole abrasado,
con amantes ardides,
entró Jove en el mar, en uso Alcides.

¿Si amaron las deidades, si rigores
vencieron con segura confianza?
a todas ruego que me den venganza:
tantas son tus crueldades, mis dolores,
que deseo afligida
estar sin alma, porque estés sin vida.

Toda me abraso, ingrato ¿no respondes?
¿el cuerpo en piedra, el alma en nieve escondes?;
horror somos los dos de esa montaña,
con la porfía extraña
que intentando afligirme
la excedes tú en ser duro, yo en ser firme.

Esto decía Eco, en tan preciso
dolor, que reduciendo sin consuelo
en suspiros su amor, su vida en yelo,
las peñas ablandó, mas no a Narciso,
que a su llanto aún más seco,
le negara la voz que murió en ecos.

Las deidades oyendo sus clamores,
en castigos reducen los rigores
del esquivo garzón, que presuroso
con pecho caluroso,
fatigado y sediento,
en busca de uno, bebe otro elemento.

Del Erídano undoso al margen verde
con pies de plata clara fuente corre,
mientras se queja lacrimosa torre,
lo que el hermano con la vida pierde,
de Júpiter, por cuanto
en Cigno es voz, lo que en Climene es llanto.

En sus granos Adonis ya flor bella
perlas cogía de llorosa estrella,

la rosa estaba de coral vestida,
y en árbol convertida
de los demás extraño,
sudaba Mirra su amoroso engaño.

Movíase poblado, muro hojoso
el que gemía por su amado ciervo,
del búho triste, del nocturno cuervo,
y el despreciado girasol ansioso,
bebía sin consuelo
el piélago de luz que inunda al cielo.

Allí Narciso, endechas escuchando
de los pájaros tristes, tropezando
en horribles agüeros, no sin tino,
desamparó el camino,
estrecho cuan dudoso,
hilo de arena en laberinto umbroso.

Entonces a la fuente que cobarde
recelando el encuentro de una peña,
andaba por rodeos, tan risueña,
que haciendo a otra de su fuga alarde,
con humildad precisa,
besando el pie, la descalzó de risa.

Llegó a matar la sed, y quedó muerto
al rayo de su vista, al tiro cierto
del rapaz salteador, que de improviso,
al infeliz Narciso
fuertes echando nudos,
le sacó el alma entre suspiros mudos.

Cegándose a sí mismo con su llama,
admirado, confuso, pensativo,
difunto a la esperanza, al dolor vivo,
se lamenta, solloza, gime, clama,
de todo alivio ausente,
sintiendo que no sabe lo que siente.
Repara en sí no haciendo en sí reparo,

duda lo que contempla en lo más claro,
y mayor fuego le entra por los ojos,
mirando con antojos
la sombra, que en la nieve
por vaso ardiente, el corazón le bebe.

Lo que ve dificulta, arde, y suspira,

irritase dudoso, neutral calla,
impaciente se busca, y no se halla,
no se conoce a sí, aunque más se mira
en el confuso abismo,
más, ¿quién se conoció nunca a sí mismo?

Cantaba ufana tierna Filomena
en lo pomposo de la selva amena,
daba a las flores música de yelo
el galán arroyuelo,
danzaban por los ramos
tímidas liebres y ligeros gamos.

Desde el cénit al día iluminaba
el lineador de la celeste cumbre,
calándose a los rayos de su lumbre
la que en golfos de luz la vista lava,
todo en quietud vivía,
sólo Narciso en su pasión ardía.

¡Ay mísero de mí!, ¡ay desdichado!,
ansioso dijo en lágrimas bañado,
¡qué bien pago el rigor del nacimiento!,
¡acábeme el tormento!,
¡arda yo en mal tan fuerte,
ya que mi propia vista me da muerte!

¡Quién naciera sin ojos!, ¡oh amor ciego!,
¡encanto del sentido que me abrasa,
acaba con el mal que me traspasa,
reduce en humo lo que todo es fuego,
bórrese mi retrato,
pues cuanto más me miro, más me mato!

¡Oh sombra vana!, ¡luz de mis congojas!
¡oh rayo activo que a la mar me arrojas!
¿qué culpa cometí contra mí mismo,
que en fatal parasismo
penando sin reposo
me provoca a morir el ser hermoso?

¿Qué alivio, qué consuelo, qué esperanza
podrá tener el que en sí propio mira
la ponzoña mortal por quien suspira?,

engañóme mi torpe confianza,
pues en dolor tan fiero
menos me quiero, cuando más me quiero.

¡Oh Tiresias!, ¡oh lince de los cielos!
pronóstico fatal de mis anhelos,
ya se ha cumplido lo que ciego viste,
ya Eco menos triste
a mi voz no respondes,
que mientras más suspiro, más te escondes.

Esto diciendo, con pasión ardiente
rindió su vida a vista de su vida;
lloró la fuente, y planta no florida
Atís, pensaba en modo diferente
herido de amor ciego,
uno por ir al agua, y otro al fuego.

Lastimadas entonces las deidades
para dar a su fama eternidades
en lucero fragante lo convierten,
con que el pesar divierten
viéndole en sus dolores
honor de campo, afrenta de las flores.

Flora no lo sintió, que más afable
con esta flor el pecho se adornaba,
si, cuanta ninfa por su amor lloraba,
fatal quedando ejemplo memorable
a quien con fuego impropio
cual Narciso se paga de sí propio.

Embarcándose una dama en busca de su amante, saliendo a-nado, (después de grande tempestad), en una isla, le halló en hábito de pastor, el cual librándola de un gran peligro, volvió con ella donde logró su esperanza.

SILVA

Llorosa Flora porque al sol no mira,
cuando espumoso el mar, Bóreas suspira,
y encapotado el cielo,
harpones de cristal dispara al suelo,
sin verle en sus enojos,
por ponérsele nubes en los ojos,

sale sin luz, mirando leño roto,
echado a Scila, por el fiero Noto,
del dios marino que erizando yelo,
brama el mar, gime el aire, llora el Cielo,
y el día no mirando al rubio amante,
asombrado de horror con el semblante,
a ninfa peregrina,
que a manos de fiereza cristalina
dejando el leño sin bonanza alguna,
en los pies de temor corre fortuna.

La derrotada nave,
delfín de pino, si entre espumas ave,
saltando sobre el cuello de una roca,
por furia mucha, si por dicha poca,
con las alas de cáñamo rompidas
en sólo un golpe pierde muchas vidas.

Confuso al pasajero,
triste al soldado, torpe al marinero,
al grumete helado,
yerto al piloto, al capitán turbado,
al castillo de tablas, ya deshecho
en la punta de un risco por el pecho,
glauco erizado, con feroz bramido,
los sorbe en su elemento de otro herido.

La tierra desde lejos con temblores,
Febo sin resplandores,
el Aquilón terrible,
el tiempo tenebroso, el mar horrible,
del naufragio que nombro
publicando el rigor, con el asombro,
uno siente, otro arde, este se enoja,
aquel vuela, y eso otro al sol congoja,
que escapando vital de la desdicha,
por la suerte que calla siendo dicha,
dejando el Argo roto
en los brazos de Cloto,
divina admiración, deidad humana,
copia de Venus, pasmo de Diana,
desnuda, hermosa, y sola,
batallando con una y otra ola,
animado bajel, débil barquilla,
sin esperanza de tocar orilla,
nada, haciendo a pedazos,

de los pies velas, remos de los brazos.

No templado de Tetis el marido
daba golpes al monstruo embravecido,
con furia tan airada
que la fiera de nieve lastimada,
echando espumas, contra el cielo ruge,
el Sol llora en la ninfa, el Euro cruje,
azotando al gigante,
que sintiendo la herida del semblante,
abrazando a un escollo por las faldas,
le echó con un gemido a las espaldas
el hechizo del mar, ninfa desnuda,
que peña respirante en peña muda,
violentada del cano Polifemo,
llegando de sus fuerzas al extremo,
a un risco duro, si con ella humano,
arrojándose al pie pide la mano,
porque de él socorrida,
columna del alcázar de su vida,
en la lengua del agua siempre canto,
repita su infortunio, con su llanto.

Júpiter fulminante,
dañoso el rayo, el eco resonante,
las escuadras de humo granizando,
nevado el risco, con el Sol llorando,
erizado de frío todo el monte,
temblando con capote el horizonte,
viendo al sol en la tierra,
pidiendo al cielo paz, si al amor guerra,
no pierden la esperanza,
de hallar en la tormenta la bonanza,
porque el Febo animado rayo a rayo,
previniendo al celeste otro desmayo,
en el diluvio, al parecer segundo
del que anegó la fábrica del mundo,
afrentando a la nieve con el yelo
mostró dos iris de ébano en su cielo.

Cuando el hijo de Júpiter luciente,
en su cénit ardiente,
deshaciendo del orbe los horrores,
lleno de resplandores
a la vista del ángel derrotado,
suspendido, y turbado,

viendo que al pie de un roble,
rico de cielos, si de glorias pobre,
tan ciego de su luz es mariposa,
que de amor en la esfera luminosa,
tropezando a despecho,
cayó en sus ojos, dos luceros hecho.

El empinado monte,
término, al parecer, del horizonte,
encrespado gigante,
del campo capitel, del cielo atlante,
sintiendo los incendios con que viene
el galán de Climene,
a deshacer sus campos,
gloria del día, alivio de los campos,
precipitando en líquida corriente,
el altivo penacho de su frente,
en undosos torrentes dividido,
es ícaro del mar, del sol herido.

El cristal que a pedazos
celos dando al amor, llegó a los brazos,
de la infeliz dea,
no deshecho al calor de luz febea,
al írsele por pies al fin corrido,
de sus manos vencido,
hiriendo corazones
se llevó en cada palma cinco harpones,
haciendo, cual villano
que cuando le dan pie toma la mano.

Apacible ya el día, raso el cielo,
Criseo luminaria, amor desvelo,
la tierra hermosa, el monte con verdores,
con fragancia espirando el valle flores,
sin caer encontrándose las peñas,
las fuentes empeñadas, y risueñas,
los céfiros suaves,
mudas las fieras, músicas las aves,
todos le hicieron a la ninfa salva,
pensando que salía en ella el alba.

Tan gallarda, que el sol otra vez ciego
inferior a su fuego,
viendo al risco eminente,
de la reina de amor resplandeciente

majestuosa silla,
paje de hacha a su deidad se humilla.

El fabonio del valle,
se suspendió en el aire de su talle,
de suerte, que el dios ciego
fomentando más fuego,
acudió a su donaire,
para quemar a todos en el aire.

Las almas que hasta entonces de su vista
no se habían hallado en la conquista,
de su cabello estando sobre el cielo,
corrieron todas al amor empelo;
porque afrentado en campos de azuzenas
acogiéndose apenas,
de su animado ampo
quedó vencido, con ganar el campo.

Excepto el margen, porque en él estaban
dos medios arcos que lo sustentaban,
con la beldad luciente,
que relevada línea de su oriente,
dividiendo arreboles,
por ser alba, amanece entre dos soles.

Naturaleza, activa
en la de nieve, y grana, esfera viva,
de modo perlas toca,
cayendo en la fragancia de su boca,
que por salir preciosa de tal parte
atada en la maroma de su arte
hizo de flores, si a las Almas grillos,
para un pozo de ámbar dos carrillos.

Cogiendo por la barba al cristal puro
en golfo de esplendores Palinuro,
le nevió de hermosura tanta copia,
que su belleza propia
se receló anegar en lluvia tanta,
por llegarle la nieve a la garganta.

De su rostro era tanto el fuego, y brío,
que con estar mojada al aire, y frío,
estatua de alabastro,
no le pidió favor al mayor astro,

antes le causó enojos,
saliendo al sol, de sus hermosos ojos,
por no haber menester más que mostrarse,
a la luz de este sol, para enjugarse.

Cuando de un alto risco,
que ostenta majestad, tan obelisco,
que solamente el mar puede llegarle
por ser gigante al pie, para besarle,
vio que bajaba un tórrido mancebo,
copia de Marte, emulación de Febo,
con paso apresurado,
pastor perdido, en busca del ganado.

Los ojos pardos, el mirar hermoso,
el talle donairoso,
el cabello ondeado,
el bozo negro, el rostro mesurado,
rústico el traje, la presencia noble,
sencillo el corazón, el cuerpo doble,
los pies pequeños, grande la estatura,
ancha la espalda, corta la ventura,
con dulce voz Orfeo de aquel monte,
imán de los incendios de Faetonte,
sentimientos poniendo
al mar clamando, al fuego padeciendo,
al aire suspirando,
a la tierra llorando,
paz pedía al amor, haciendo guerra,
al aire, al mar, al fuego, y a la tierra.

La bella ninfa, singular portento,
llena de admiración, cobrando aliento,
viendo al joven gallardo,
por pedirle favor, con pie no tardo,
subiendo corsa por el risco augusto,
se halló asaltada, no sin grande susto,
de una fiera serpiente,
igual a la que Cadmo holló la frente,
la preferencia terrible,
espantoso el grandor, el cuerpo horrible,
rígida la fiereza,
la piel manchada, negra la cabeza,
la boca abierta, venenoso el diente,
larga la cola, el corazón valiente,
los ojos encendidos fuego echando,

escorpión con la lengua amenazando,
llena de remolinos
la frente atroz, las alas torbellinos,
en sus conchas mostrando ser sabida,
dando horror a la vida,
viendo a la ninfa, con tirano ensayo,
silvando trueno, acomentiendo rayo,
puso tal ligereza en asaltarla,
que hincando la cabeza, por cimbrarla
con la cola, en el suelo, lance extraño,
por [en]cima le trepó, sin hacer daño.

Desmayado el lucero
cayendo a-plomo, se mostraba acero,
hiriendo al suelo duro,
de fuego y yelo provocado muro,
centelleando el rostro de manera,
que la serpiente fiera,
su fuego recelando,
íbase retirando,
teniendo por hazaña el arrojarse,
a treparle por [en]cima sin quemarse.

El osado mancebo,
a imitación de Febo,
al igual a la Pitón pérfida sierpe,
en favor de la Euterpe,
del nieto de la espuma,
disparando un harpón, rayo de pluma,
dio por dichosa suerte,
vida a la ninfa, y a la fiera muerte.

La cual viéndose herida Nilos rojos
escupiendo con silbos por los ojos,
sintiendo el golpe fuerte,
aseguró dos vidas con su muerte.
Mas antes, con tal furia
quiso vengar su injuria,
que dando horror al padre de Faetonte,
contra el titán del monte
por las iras que abarca,
disparándose harpón, se hallara Parca,
si él, que sus fuerzas quiebra,
no supiera allí más que la culebra,
desviándole el cuerpo, y con la espada,
no le diera tan fiera cuchillada,

que por la boca abierta entrando sola,
la sacó rebanando por la cola.

Y haciéndola dos partes
espantando a los Febos, y a los Martes,
de ellos su aliento lleno,
viendo al cielo turbado, aunque sereno,
eclipsando arreboles
los Martes fueron alma de los soles,
dándosela el mancebo
quinto dios, a los ojos de su Febo.

La ninfa vuelta en sí, viendo a su amante
que por desdicha en traje semejante,
era del monte encanto,
llena de admiración vertiendo llanto,
no resuelta a la gloria de mirarle
de nuevo lo abrasó sin abrazarle.

El joven más atento,
si con menos aliento,
conociendo la causa de su llanto,
abrazándola fiel, no sin espanto,
padeciendo de amor el dulce tiro,
dos cadenas le echó con un suspiro.

Éste apacible, aquél de gozo lleno,
la ninfa alegre, el joven sin veneno,
con amor uniforme,
uno y otro conforme,
contando sus naufragios y tristezas,
en el libro vital de las memorias
tormentos borran escribiendo glorias.

Y gozándose amantes, de sus vidas
con bálsamo de amor curan heridas,
viendo que en sus cadenas
a glorias se hallan, por buscarse apenas,
logrando la esperanza
que en la misma tormenta halló bonanza.

PANEGÍRICO A LAS MUSAS.

Mi pensamiento altivo se levanta,
no con alas de cera, al sacro monte

de la ninfa inspirado, que himnos canta,
hija heroica del padre de Faetonte,
de suerte que si al sol no se adelante,
admira con su vuelo al horizonte,
águila penetrando su luz suma,
aunque para volar corta la pluma.

Tú, del claro planeta, clara lumbre,
tú, del genio mayor, mayor encanto,
tú, de Venus, envidia y pesadumbre,
Clío divina, espíritu de cuanto
rayo fulmina, en la castalia cumbre,
dulce me inspira, tan sonoro canto,
que suspensas las aguas del Leteo
presuman otra vez que canta Orfeo.

Si digno de admirar, caso aparente,
entre sueños se vio, yo, vi dormido,
que del rojo titán, hija elocuente,
rápida entonces, de Helicón florido,
me llevó a la eminencia más luciente,
donde admirado, si antes atrevido,
conocí en su semblante mi ventura,
viéndome por su causa en tal altura.

Con viva nieve, cuyo efecto es fuego,
ciñendo afable mi dichosa mano,
del gigante rapaz, del lince ciego,
en mi pecho sentí el harpón tirano,
de suerte que con ansia, y sin sosiego,
viéndose de su afecto soberano
sedienta el alma, por la mano bebe,
tósigo ardiente en víboras de nieve.

Produjeron sus plantas nuevas flores,
de suerte avergonzando sus despojos,
que les hizo al pasar salir colores;
con las celestes luces de sus ojos
vestíanse de celos sus fulgores,
mas eran tan suaves sus enojos,
que en sus ojos mostrándome dos cielos,
fue gloria entonces el mirar los celos.

Advertida conoce el ardor mío,
la estrella que me abrasa, y que me dice,
yo soy la que constante alumbro, y guío,

a los que sabios de ignorantes hice.
La imagen de Arión, la musa Clío,
que al de fama inmortal, héroe felice,
aplaudiendo en el orbe de tu encanto
obró castillos de admirable canto.

En el ameno espléndido tesoro,
de este sagrado monte, consagrado
al oriental artífice del oro,
de afecto natural arrebatado,
sigues las ninfas del castalio coro,
que con tierno cristal, si no calzado,
corriendo en la región de su alabanza,
es raro el que sin arte las alcanza.

En esto de sonora melodía,
Eco suave resonó en el viento,
que organizado del farol del día,
a las voces que daba un instrumento,
la música apacible respondía,
al que inspirado de apolíneo aliento
bebe el néctar risueño de esta fuente,
Dafne circunda el polo de su frente.

¡Oh, Clío, dije a esta voz divina,
mucho tiene de angélica sustancia,
pues a contemplación tan alta inclina!
Y, respondió, su armónica elegancia,
sin mudar de región es peregrina,
con tan acorde, y dulce consonancia,
que el cisne de la musas se retira,
porque ellas viven de lo que él expira.

Dejóme entonces la del Pindo Aurora,
cuando a el margen bello de Hipócrene,
llegué absorto a la música sonora,
que de aquel resonó coro solemne,
ya no atento al cristal que alegre llora,
la que así me llevó fuente perenne,
vi, con el claro dios de la poesía
parecerse diez soles en un día.

En la orilla apacible de esta fuente,
la del dulce Peneo casta hija,
resistiendo del Cintio el rayo ardiente,
al amor desdeñado regocija,

verde al fin con su líquida corriente,
al hijo de Medusa, porque rija
el que merece honores de Helicon,
enroscada en su frente le corona.

Con visos claros excediendo a Flora,
por símbolo de paz la ninfa bella,
quede la empírea Juno precursora,
flor a flor, rayo a rayo, estrella a estrella,
derramando fulgor los campos dora,
mostrándose, al que glorias cifra en ella,
si en diluvios de luz, iris brillante,
en victorias de amor, arco triunfante.

Entonces Pasitea de luz llena,
si Eufrosine, y su hermana, de loores,
gracias divinas, en la selva amena,
vertiendo hechizos, y cogiendo flores,
vestidas de color de la azuzena,
mataron bellas al amor, de amores,
porque no previniéndose a desgracias,
las admiró donaires, siendo Gracias.

Virgilio, Homero, Góngora, y el Tasso,
príncipes de la luz de la poesía,
ostentándose atlantes del Parnaso,
sabia Naturaleza los tenía
en igual competencia, al mismo paso
que con arte su ciencia más lucía,
porque sin arte el genio más delgado,
es un diamante que está labrado.

La madre de la música amorosa,
sin afeite llegó, no sin sentido,
al paso que elegante y misteriosa,
con vivas puntas de marfil bruñido
animando su lira numerosa,
cantó célebres triunfos de Cupido,
de modo que bebí, de incendios lleno,
si en su voz néctar, en su luz veneno.

Era listado de morado, y plata,
el manto hasta los pies de Erato bella,
que un ruiñeñor armónico retrata,
pues es el canto del encanto de ella,
danzando airoso, en numerosos desata,

de compases de pies, errante estrella,
mostrando en esto al que su vista alcanza,
que también en deidades hay mudanza.

Melpómene llorosa, si con luto,
endechas tristes de su voz derrama,
rindiendo en ellas funeral tributo
al que de su fulgor, Clicie se llama,
en las flores que brota dando fruto,
sumergido en su llanto mi amor clama,
trágicos adquiriendo los despojos
que aun al sol, dan con lágrimas en-ojos.

En boca de rubí, perlas mostraba,
de grave erudición, grave portento,
la bella Euterpe, y ámbar respiraba,
feriando al de las flores nuevo aliento.
Con tanta suavidad de amor cantaba,
que de sus labios viendo el movimiento
de Céfalo pensé que el aire hacía,
con dos medios claveles armonía.

Terpsícore, la música levanta,
dejándome sin alma, suspendido,
con los ardores que sonora espanta;
gloriosamente, flecha de Cupido,
paseando la voz en su garganta,
en el pecho me entró por el oído;
mas tan risueña de este mal me avisa,
que en su luz me abrasé, muerto de risa.

Satírica Polimnia se me ofrece,
el pecho descubierto, el pie calzado,
y con lazadas pardas enriquece
su vestido sutil girasolado.
Poco en ella el ser tela resplandece,
que era mordaz su ingenio delicado,
y de todo burlaba en acción loca,
que aunque hermosa, tenía mala boca.

De rizo cabellado extrañamente,
con lazadas de plata guarnecido
pareció de Talía el claro oriente,
dando filo a las flechas de Cupido;
casi agotaba a la castalia fuente,
su cómico poema, esclarecido,

y con arte la vi, tan licenciosa
que más lasciva pareció que hermosa.

Científica deidad de la poesía,
divino encanto del sentido humano,
heroico verso, Clío refería,
que en libros escribiendo de su mano,
el alma de Parnaso parecía,
si árbitro de Cupido soberano,
juzgando grave, graves diferencias,
en tribunal de luz dijo sentencias.

De volante rosado, tan volante
llevaba el manto Urania peregrina,
que intentando encubrirse vigilante,
vi, de su luz, la esfera cristalina,
escribiendo en archivos de diamantes,
más que las otras pareció divina,
porque a Jove erigiendo sus desvelos,
cuanto compuso allí, fue de los cielos.

A todas presidía el rubio Apolo
rey de la medicina, y la poesía,
y cada gracia de ellas, en él sólo
con arte más sutil resplandecía.
Al verme entonces en su regio polo,
tan severo a mis ojos se ofrecía,
que en la pena, y el ansia, que consigo
dudando del favor, temo el castigo.

¿Qué atrevimiento es, me dijo, airado,
profanar de Aganipe los cristales?
Licor desde su origen consagrado
sólo a mí, y a las musas celestiales.
Quedarás a mis iras castigado,
para ejemplo común de los mortales,
y verás en los rayos que despido
que no siempre es dichoso el atrevido.

Entonces Clío, dando luz al día,
antes que con sus rayos me abrasara,
con regaladas voces le desvía
todo el rigor que contra mí declara;
templóle al rojo dios la cortesía,
respetando a la musa que me ampara,
que en ocasiones varias, y difusas,

aun los dioses respetan a las musas.

Ya el semblante divino, más humano,
blando me muestra el rubicundo Febo,
y al quebrantado espíritu, no en vano,
benigno le concede aliento nuevo;
¡oh tú, le digo, Apolo soberano,
no pienses que te agravio en lo que bebo,
que con el ansia que tu luz me fragua,
me abraso más, echando el pecho al agua!

Si un puro afecto, y voluntad se admite,
admite el ruego humilde que te envío,
que el fervor que a tu ojos me permite,
consagrando a las musas mi albedrío,
Castalia a sus cristales me remite,
porque le beba el líquido rocío,
que chupando del Pindo flores tantas
me trae a ser estrado de tus plantas.

Quedó gustoso Apolo, y obligado,
y porque yo de sus grandezas fíe,
a Clío, dice, de Helicón sagrado,
de la fuente Castalia me rocíe.
Bajar luego me manda con cuidado,
antes que del intento me desvíe,
y al reducir en obra mi deseo,
despertóme ausentándose, Morfeo.

FIN